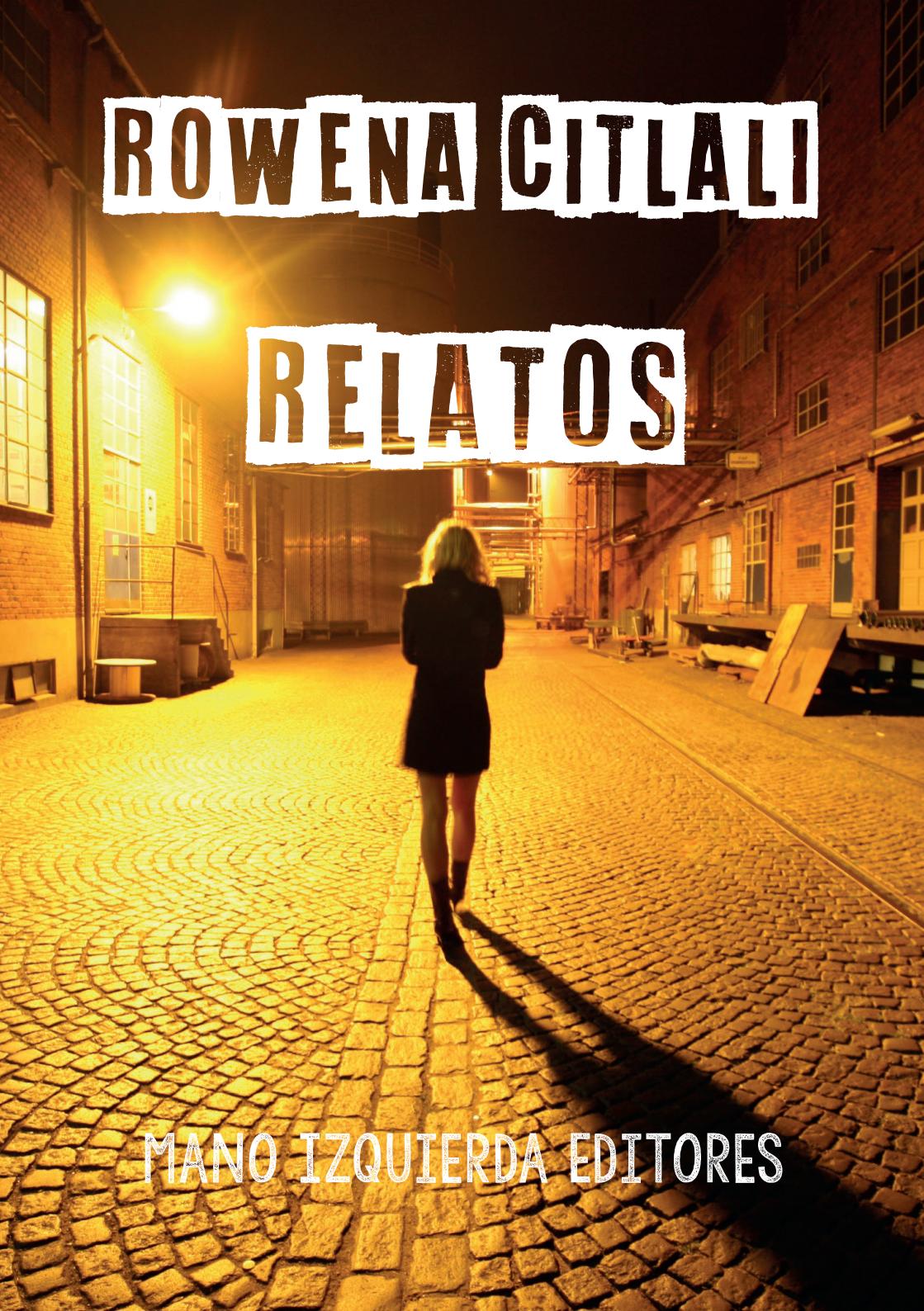
ROWENA CITLALI

RELATOS



MANO IZQUIERDA EDITORES

Rowena Citlali
Relatos.

Textos originales de la autora, que publicó en internet en diversas páginas.
Correo: excalibur132@hotmail.com

Segunda Versión Digital.

Recopilación y edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2022.
Lima, Perú.

ÍNDICE

Hoguera (2000) 05
A cielo abierto (2003) 21
Mi regalo de cumpleaños (2003) 25
La lenta piel del fuego (2003) 41
El cilindro (2000) 45
La carta (2000) 52
Vuelo nocturno (2000) 64
De cuerpo entero (2003) 85
Figuras recortadas contra el alba (2003) 96
Cita con mi amante (2003) 114
La pareja tras el muro (2001) 122
En silencio nuestros cuerpos abiertos 127
La siesta 132
Dámelo entero 141
Poema para Camilia 144

Bonus track

En el sex-shop (Anónimo) 146

حلب

HOGUERA

No se depilan jamás para que el triángulo
de la diosa marque su vientre como un templo
de Las sacerdotisas de Astaré.

Y el viento del mar, levantando hacia el cielo
los rojizos cabellos de Heliokomis,
los torcían como una llama furiosa
que se alzase de una antorcha de cera blanca.
de Las Bacantes.

Pierre Louÿes, Las canciones de Bilitis.

Desde pequeña, el pubis de las mujeres me ha parecido más misterioso y sugestivo que el de los hombres. El sexo oculto en esa musgosa intimidad parece querer pasar inadvertido ante la indiscreción de miradas iguales o parecidas a las mías. De niña me fascinaba ver a mis hermanas mayores a la hora del baño. Intuía que bajo aquellas leves sombras incipientes, palpitaba una doble y aromática carnosidad como la que yo aspiraba poseer al llegar a sus edades.

El pubis de los varones, en cambio, carece de gracia y permanece ajeno al falo, adonde irre-

mediablemente desembocan el ojo y la caricia, sin permitir el paso de la mirada o de los dedos por otras rizadas geografías. Al menos ha sido ese mi caso con la mayor parte de los novios y amantes que he tenido, quienes sucesivamente y con orgullo han esgrimido sus penes ante mis pupilas sedientas o en el vértice de mi entrepierna, como si todo el placer y el deseo se concentraran únicamente en la posesión y en la gratificación de ese dulcemente salado fragmento de sus cuerpos.

En la secundaria admiraba con pudor y de reojo los ralos triangulitos de mis compañeras del equipo de nado sincronizado al cambiarnos de ropa en los vestuarios. Más tarde, en la preparatoria y después en la universidad, seguí admirando con eficaz discreción los montes de Venus de mis condiscípulas y amigas, obviando la fresca redondez de sus formas e intentando condensar en mi retina las cavidades que palpitaban tras el dibujo cuidadosamente recortado de su pelambre. De cierto modo, mi práctica contemplativa obedecía a que la escasez de mi propio vello me orilló a depilarlo por completo cada semana, a partir de la adolescencia, dejando expuestos mis labios al roce de la tela y la intemperie.

Pero el pubis que más me ha fascinado es el de Amarilis, mi amiga con quien desde hace algunos meses y dos tardes por semana comparto los vestidores y el sauna al concluir nuestra clase de aeróbic. Es tan espeso y abundante su vello pelirrojo que cuando está de espaldas en el vapor, éste sobresale con generosidad de entre sus nalgas; de frente bosqueja un fino sendero que asciende de la pelvis a su ombligo en el que ha colocado un anillo diminuto, similar a los que cuelgan de cada uno de sus grandes pezones.

Algunas mujeres la ven con desagrado y recelo; otras, como yo parecen extasiarse ante las compactas marañas que por igual enriquecen su pelvis y sus axilas. Ella me ha contado que jamás se afeita porque le produce alergia. Lo mismo le sucede en las ingles y en las axilas, que no soportan la aspereza del rastrillo y por esa razón albergan abultados nidos fueguinos.

Además de lucir natural, el intenso color de esas sobre pobladas matas embellecen con distinción su esbeltez renacentista, haciéndola lucir como la más elegante modelo de Botticelli. Sobre todo cuando después de ducharse se sienta con las piernas abiertas para cepillar su melena larga y ondulada como un bosque

incendiándose de otoño. Es en esos breves minutos, antes de que levante la cabeza, cuando tengo oportunidad de contemplarla descaradamente sin que se percate de que mi vista resbala por sus hombros blancos y pecosos, y trepa de sus tobillos a los muslos para arrobarse en el radiante destello de su pubis. En esos momentos soy la espectadora privilegiada de su íntima belleza, con la que sólo compiten su inteligencia y la candidez de su humor.

Hoy llegó temprano por mi, a mi casa, para ir juntas al gimnasio. Al entrar a la sala sacó de su bolso de deportes una pequeña caja de laca diciéndome: —es un regalo, para que nunca me olvides—, y al entregármela me dio un beso. La abrí con cuidado y extraje un mechoncito pelirrojo, atado por una cinta verde, que se riza hasta completar un círculo perfecto. Mis dedos temblaron al sostener aquella visión que supe de donde provenía, y un súbito calor prendió mi cara y descendió en violentos oleajes a mi sexo. Amarilis sonrió complacida por mi expresión de sorpresa, se fue canturreando a la cocina por dos copas en las que escanció vino blanco y al volver puso un disco de blues. Yo intentaba recobrar la compostura y decirle algo, sin saber exactamente qué. Su obsequio maravilloso era prueba de los descuidos en que seguramente

había incurrido al admirarla en el vestuario. Era por tanto un reclamo al grado de desfachatez al que mi curiosidad había llegado.

Intenté buscar las frases que le ofrecieran alguna explicación a modo de disculpa, pero ella interrumpió mis pensamientos—: He advertido la forma en que te quedas mirándome en los vestuarios, y quise darte un poco de mi; muchas veces cuando tú no te das cuenta también observo, con envidia de las buenas, tu pubis libre de veladuras, lo que me permite ver los hilos que humedecen tus labios abultados, e imaginar la manera en que te lo rasuras. Me encantaría que mi pubis luciese como el tuyo, así de provocador. Yo continuaba sosteniendo en una mano el cofrecito y en la otra aquel vellocino cuya ternura quemaba mi palma. Ella los tomó, los puso en la mesa y me entregó una de las copas que bebí casi entera luego de hacerla tintinear contra la suya. Por las tímidas fisgonas, la pelona y la peluda --brindó para subrayar mi sonrojo, y sirvió otro chorro espumoso en cada copa. Por el placer de la vista —añadí aparentando una ecuanimidad que no tenía.

Durante minutos eternos permanecimos paradas en medio de la sala, sin hablarnos, inter-

cambiando sonrisas desde los bordes de cristal. Eran los primeros instantes en que ambas estábamos solas frente a frente y en silencio en una misma habitación. Parecía que nosotras, que siempre compartíamos infinidad de confidencias, esta vez no teníamos nada que decirnos. Así es que aunque dudosa, di el paso que hacía semanas quería dar sin atreverme y que muchas veces había dado en mi imaginación. Estoy avergonzada —atiné a hablar con un tono que hacía evidente mi nerviosismo—, pero ya que me has descubierto y como parece no molestarte mi mirada, quisiera pedirte que me permitas ver tu pubis de cerca.

Me asaltó una sensación de extrañeza por haber sido capaz de pronunciar esas palabras que tornaron la atmósfera más densa de lo que ya era, aligerada tan sólo por los acordes que fluían de las bocinas; pero a la vez, me alivió decírselas. Traté de adivinar su reacción sin saber aún cuál era la mía. Sus hermosas facciones no me daban ninguna señal de desaprobación ni mostraban desconcierto. Permaneció impávida unos segundos más mirándome a los ojos, y dejó la copa en la mesa.

Sin dejar de observarme y como callado consentimiento, se sacó el vestido por encima de

su cabeza. Con los pulgares bajó su tanga, enrollándola en las sandalias. Se quedó desnuda y de pie, como deidad en la luz ambarina del atardecer, y su belleza y su perfume llenaron la estancia de fulgores. Ahora podía admirarla de cuerpo entero, y sin tapujos, aunque temblorosa, contemplé su espigada estatura semejante a la mía, la fronda bermellón que acariciaba sus hombros y el rostro limpio de maquillaje, la pelusilla de los antebrazos, sus finas manos largas, la armonía que guardaba cada protuberancia y curvatura de su cuerpo.

De los anillos que adornaban sus aureolas pendía la cadenilla de plata que le había comprado en Taxco semanas atrás, y que era similar a la que yo llevaba en la cintura. ¿Te gusta el lugar donde la puse? —preguntó alegre. Atiné a contestar que sí, con la cabeza. Recogió su cabello detrás del cuello para que me deslumbrara el gemelo sol de sus axilas, y con las manos en la nuca caminó hacia el extremo de la sala. Se tendió en el sofá de piel azabache que de inmediato formó un alto contraste con la suya. Y elevó la llamarada de su montículo entre el que apenas asomaban unos labios gruesos.

Amarilis parecía una imagen potenciada de Egon Schiele, una milenaria sacerdotisa tribal

ataviada por los aros y la cadenilla que ascendían y descendían al compás de su respiración. Recostada boca arriba y expuesta a mi deseo de contemplarla, la metáfora del vello desparramaba su abundancia crespa y rojiza. Ella empezó a desenmarañarlo con sensual desenfado. Yo seguía inmóvil. Ven, acércate —pidió—, también quiero ver tu pubis muy de cerca; tengo ganas de observarlo mientras tú miras el mío. Aclaré la garganta con otro sorbo de vino y caminé hacia ella. Aún temblaban mis rodillas y el corazón me latía furiosamente.

Al tiempo que mis ojos seguían el recorrido hipnótico de sus dedos entre los rulos, me despojé de los jeans, de la tanga y de la blusa. Me acosté encima de ella, oprimiendo mis senos contra la dureza de sus pezones. La piel del pubis absorbió de lleno el hormigueo de la boscosa densidad que yo adoraba. Me estremecí, estrechándola. Vi mis ojos arder en el hondo cobalto de los suyos, sintiendo su aliento contra la boca y en mi espalda la suavidad de las manos que jugueteaban con mi cadena. Nos besamos los labios con ternura. Hundí los dedos en su pelo y murmuré a su oído—: Nunca he estado tan cerca de una mujer. Amplió su sonrisa y dijo en voz muy baja, como sí alguien más pudiera escuchar—: Tampoco yo. Las dos

soltamos una carcajada cómplice que al fin liberó nuestras tensiones.

Deslizándome giré sobre ella y coloqué mi rostro ante su pelvis. Ella subió una pierna en el respaldo, para que nada quedase fuera del ávido alcance de mis ojos que a unos cuantos milímetros podían admirar los caracoles naranja tostado que se ensortijaban sus ingles, formando dos amplias medias lunas; los rizos donde sus labios se acolchaban y que se extendían profusamente mojados alrededor y más arriba de los pliegues del ano; el clítoris erecto y grande como una uva, las mieles cristalinas derramándose por el cuero del sofá.

Su sexo irradiaba un calor húmedo y tenía el turbador aroma del sándalo y la lluvia en el mar. Mis yemas recorrían su tersura selvática, peinando y jalando las frondas pelirrojas donde se confundían unos cuantos vellos rubios y que parecían suaves racimos de cobre. Los alisé y estiré minuciosa hacia los lados de la vulva, acomodándolos todos con las uñas para contemplarla y poder descubrir su textura y acariciarla con la misma lentitud con la que froto por las noches la mía.

Separé mis muslos y a horcajadas acerqué mi

sexo a su cara hasta recibir su respiración agitándose en mi vulva. Me hechiza esta textura, sin vello pareces inocente como una ovejita recién esquilada —dijo. Me depilé esta mañana —le repliqué sin dejar de reír con ella—, tú en cambio pareces una fuente de zanahoria rallada y con aceite de oliva. Nuestros comentarios acerca del aspecto de la otra y los ataques de risa se fueron espaciando, convirtiéndose en suspiros. Mis caderas comenzaron a balancearse cuando también ella empezó a indagar entre mis labios.

En el surco moreno de mis nalgas, junto a su aliento y sus dedos, podía sentir la fiebre de sus ojos encendidos. A cada estremecimiento, a cada temblor que su sexo me ofrendaba, crecía bajo mi vientre un fuego nuevo. El calor que llegaba en oleadas nos hacía quejar de placer, vertiendo nuestra comunicación en profundos monosílabos. Estás mojadísima —la oí decirme, muy de lejos.

Yo ya había alzado vuelo por el toque de sus yemas hacia un orgasmo que era tenue, que se sostenía sin alejarse y me llevaba a flotar entre las densas transparencias de su aroma. Me dolían los pezones y percibía con claridad cómo brotaba un manantial de entre mis la-

bios lubricados a medida que sus manos resbalaban de mis muslos a la espalda, para volver a mi entrepierna, atrayéndome más cerca de su cara y rozándome el clítoris con dulce y penetrante sutileza. Mi sexo recibió el empuje urgente de un índice, y lo abrazó con fuerza.

Cuando sentí entrar la punta de su lengua, llegué casi a la cresta. La mía hizo lo mismo entre sus pétalos de carne, imitando sus movimientos y aferrándome a la firme redondez de sus nalgas, como si a cada gemido suyo y mío fuéramos a caer por un pozo ciego, como si de pronto el mundo, la casa, la habitación, el sofá fueran a ser oscurecidos por un relámpago negro. Aquellas sensaciones que me hacían resollar contra su sexo eran distintas a cuantas había experimentado antes. Todo me sorprendía, extasiándome, haciéndome inhalar a fondo, llenándome a grandes bocanadas de aquel fruto de musgo líquido que mis pupilas y mi lengua golosas degustaban. Me sorprendía sobre todo, abierta y encima de Amarilis, mi capacidad de entregar y de recibir esa espiral de placer sin egoísmos.

No puedo más, estoy a punto de venirme —susurró encajando sus talones en el asiento. También yo estoy muy cerca —conseguí responderle

con un hilo de voz entrecortada, jadeante por el sedoso clímax que la filigrana de su lengua había encendido hacía buen rato, y por el oceánico sabor de su vulva, cuyo reflujo no cesaba de manar ante mis ojos y que ya descendía por mi garganta.

Flexionó sus rodillas hasta colocar su piernas en mis flancos y espalda, y me afirmé sobre la pulpa de su boca. Debajo de su cabeza acomodé un cojín y otro bajo las nalgas, pronunciando el ángulo de sus caderas. Quédate así —murmuré—, no me dejes de chupar. Lamí de arriba a abajo su jugosa hendedura y apreté rítmicamente su índice adentro de la mía, succioné el botón de su delicadeza y le metí la lengua lo más que pude en el anillo blando y sonrosado del culo hasta oírla gritar.

Hasta los nudillos sumergí mis dedos por las dos deliciosas cavidades que su excitación me ofrecía y que la hacía empujar su pubis con mayor vigor para que mi lengua y mis dedos entraran a lo más profundo de su deleite. Separados apenas por aquella delgadísima membrana, los deslicé en círculos, sintiéndolos moverse y latir uno contra otro nadando en sus hirvientes pasadizos.

Amarilis se retorcía de pasión entre gemidos, oprimiendo y soltando mi cabeza entre la cara interna de sus muslos. Sus afelpadas medias lunas frotaban por dentro mis oídos. Dámelo todo —jadeó mientras me mamaba el clítoris hinchado e introducía un dedo más en la estrechez de mi culo sin sacar el de adelante—, dámelo y cómeme completa que me vengo. Metió otro. Mi aullido de placer se ahogó en la inundación de su vagina. Nuestras caderas apretaron su cadencia; dedos y lenguas salían y entraban con delirio y rapidez buscando mitigar con anhelo su hormigueo.

En mi humedad ella agitaba su lengua como una mariposa ante la luz inquieta. Yo volaba cada vez más arriba entre sus alas, amortiguando en su dulzura turgente mi resuello. Le abrí totalmente la vulva y entera metí la boca entre sus flamas hasta que mechones y labios escurrieron por mis mejillas febriles. Centelleante, el vértigo aumentaba e iba en alto, desbocándose y precipitándome por una catarata de voluptuosidad, por un chorro que caía ruidosamente y se derretía chapoteando en la circunferencia de fuego que su boca formaba entre mis nalgas.
Su espalda se arqueó. Nos quedamos inmóviles, de golpe, cuando el foso se hendió en mi-

llones de infinitos relámpagos. Me senté en su boca. Y estallamos.

La música de los gemidos y la ondulatoria sincronía de nuestro deseo se volvieron un grito primigenio que brotó en ciclos concéntricos. El orgasmo recomenzaba con más brío cuando parecía disolverse y disolvernos, haciéndonos caer sin peso, una y otra vez, hasta ser una en la otra y las dos, una. Palpamos el fondo sin fondo de nosotras, lengüeteando y estremeciéndonos abrazadas en una danza horizontal hasta el último de los músculos que al fin han encontrado su reposo.

Ya se ha hecho de noche. Desde hace horas ninguna de las dos ha querido moverse de su sitio. Seguimos conversando acerca de nuestras vidas que tienen numerosas coincidencias, y mi mejilla descansa en la ruta mullida de su pelvis. Indolentes, las manos recorren los eslabones de la cadenilla de la otra y los cuerpos amorosos siguen adheridos en el brillante sudor y la saliva. Ella me escucha contarle que desde pequeña, el pubis de las mujeres me ha parecido más misterioso y sugestivo que el de los hombres, pero que ninguno me ha deslumbrado tanto como el suyo, el suyo que en este momento mis ojos besan y devoran.

Amarilis ríe y con frescura me confiesa que cuando me observó el primer día desnuda en los vestuarios tuvo la fantasía de acariciar y sentir la piel de mi sexo depilado, pero que no imaginó que pudiera ser una experiencia tan apasionante y hermosa como lo ha sido. Me cuenta que ese día se masturbó en el sauna, después de verme cepillándome el pelo, con las piernas separadas. Dice que desde entonces ansiaba paladearme, que mi consistencia y sabor le han trastornado.

Oigo su voz cercana en la lejanía de mi cuerpo, como si al hablarme también hablara con mi sexo que ella ha mantenido entreabierto al igual que una ofrenda humeante entre sus dedos. Sus largas pestañas rozan mis labios y me producen temblores y accesos de risa. Entre las sombras, al tacto de mi lengua y de mis ojos, la espesura de su vulva, semejante a una hoguera ceremonial, chorrea y brilla con mayor esplendor. Mi clítoris también está encendido.

Y me ilumina.

A cielo abierto

El cielo cambiaba imperceptiblemente del albaricoque al violeta, y las nubes tersas y lejanas parecían un incendio escarlata sobre el mar. Ante mis ojos, su color crepuscular translucía las esmeraldas, turquesas y zafiros de su embate con un rumor candente.

Yo lo veía con los ojos entrecerrados, montada sobre el dulce y enhiesto Mariano, cuya dureza enorme cabalgaba sin ninguna prisa, acariciándome al tiempo que lentamente ascendía y bajaba a horcajadas con los muslos empapados de sudor, de bronceador, resbalosa, sintiéndome como una alta palmera despeinada.

Mi piel ardía, llenándose del murmullo del cielo, del aroma del aceite, del rumor cadencioso de la espuma. Me dolían un poco las ingles, los pezones tirantes se endurecían cada vez más a merced del deseo creciente; el clítoris a punto de estallar, como una flor de mayo, se deslizaba dócil entre mis dedos cadenciosos.

Él tenía los ojos cerrados, estaba inmóvil bajo del vuelo de mi peso, semejante a un maravillo-

so especimen bajo el alfiler de su propio sexo, de aquella enorme verga hinchada de dulce pasión por la que, resbalosa en mi propio almíbar, yo subía y bajaba; suavemente ascendía, deteniendo el orgasmo descendia, derramándome encima de él como una diosa pagana del delirio.

No sabía cuánto tiempo llevaba montada encima, con las rodillas acaricadas por los finísimos granos de la arena de aquella playa desierta cercana a Zipolite, en Oaxaca, donde el tiempo parecía haberse detenido para concentrarse en esa magia suprema que me hacía arder intensamente al igual que una flama danzante contra el cielo encendido de la tarde.

Me incliné aún más y sobre su rostro dejé chorrear la húmeda negrura de mi cabello enmarañado por el viento, y besé su jadeo, sus ojos entrecerrados, su sonrisa abierta.

Fue entonces cuando Leopoldo unió sus labios con los nuestros y me dijo al oído que no me moviera por algunos instantes. Sus manos acariciaron mi espalda tostada, mis nalgas abiertas, y su morena polla gruesa y altiva comenzó a buscar los repliegues secretos de mi culo anegado en crema bronceadora.

Leopoldo comenzó a entrar, empujaba despacio; lento me iba dilatando, muy cuidadosamente se abría paso entre la doble redondez de mis nalgas, aferrado a mis oscilantes senos.

Cerré los ojos. Me mordí el labio inferior al comenzar a sentirme doblemente alanceada, poseída doblemente abierta por aquel instante irrepetible. Dichosa y desparramada, transpirando mi anhelo en estado puro, entré gritando, susurrante, en un cielo ámbar, violeta, anaranjado, que se abría restallante detrás del otro cielo.

México, Primavera de 2003.

Mi regalo de Cumpleaños

¿Es de usted esta mano?
¿Y aquellas palpitaciones son las mías?
¿Puedo besar de nuevo, señor,
señora amante de la piel, la piel de su alma?

Xóchitl Blázquez, La compartida dulzura.

El primer chorro golpeó con fuerza mi paladar. Era espeso, abundante y cálido, y me llegó con una fuerte palpitación de todo el tenso miembro que aprisionaban mis labios y que dulcemente para mi boca sostenían a de un cetro extraordinario, las manos delicadas y elegantes de Amarilis.

Mariano gimió por el placer y por instinto empujó aún más arriba sus caderas, en un vano intento por entrar a fondo, para que boca deseante abarcara un poco más de la extensión de su larguísimo miembro.

A pesar de mis golosos esfuerzos, a pesar de mi chupar ensalivándolo durante más de media hora, sólo me cabía apenas algo más de la enrojecida cabeza, grande como un durazno jugoso y terso como la piel de un ángel.

Hincada a mi lado y al ver escurrir el semen de mis labios hasta la frondosa mata negra del pubis de mi amigo, Amarilis movió con más rapidez sus dos manos, jalando hacia abajo y hacia arriba la delicada piel de aquella verga durísima. En sus azules ojos asombrados se iluminaba el deseo destellante con cada ronco gemir de Mariano. Ella me veía mamarlo admirando la lenta y suave forma en que lo hacía.

Rozando mi mejilla con la suya, acercó su boca para lamer la base de aquel cetro de carne, para desde ahí subir hasta mis labios buscando de mi lengua algo del líquido salado que ya se me iba deslizando por las comisuras y la barbilla.

Quité mi boca para que ella tomara aquella húmeda cabeza palpitante, y con la boca bien abierta comenzó a succionarla con fuerza mientras yo contemplaba muy de cerca el espectáculo de su ojos, de su tez sonrosada, de su rostro sudoroso que la pasión transformaba en fuego puro. Amarilis gemía guturalmente jalando hacia arriba y hacia abajo con ambas manos; mamaba con delectación y sin pausa, hambrienta y con sed, como si fuera la primera o la última vez que lo hacía.

El segundo chorro le llegó como un espasmo,

acompañado por un hondo grito de Mariano, directamente a la garganta. Su cabeza pelirroja y despeinada dejó de moverse mientras la espalda de Mariano se arqueaba. Se quedó quieta, moviendo sólo la lengua muy rápidamente para paladear el sabor a almendras que se derramaba con blanquísima abundancia. Lamí entonces los labios húmedos y carnosos de Amarilis, rodeando con mi lengua también los huevos grandes y mojados, y el grueso diámetro que latía con violencia dulcemente feroz..

Mariano se incorporó cuando el tercer chorro salió disparado al aire mojándome los senos. Amarilis se había quitado de su sitio para poder deglutir la abundante leche, y él se inclinó sobre sí mismo para absorber el cuarto, el quinto, el sexto chorro. Mariano era uno de los pocos hombres a quienes había contemplado realizar tal proeza. La elasticidad de su cuerpo y el descomunal tamaño de su miembro, grueso y larguísimo, le permitían chuparse a sí mismo sin dificultad, agachándose sobre su propia verga y metiéndose en la boca algo más que la cabeza.

Ambas nos hicimos hacia atrás para contemplar arrobadas aquel extraordinario y dulcísimo

espectáculo: Mariano se jalaba la verga con sus fuertes manos y succionaba sus propios chorros, aunque por su abundancia muchos descendían entre sus dedos hasta apelmazarse en la oscuridad de su pubis, haciendo más brillante la piel sedosa de su sexo magnífico y moreno.

Cuando dejó de eyacular se derrumbó sobre la cama, pero su polla permanecía dura, latiendo contra el aire denso y quieto de la habitación donde flotaba una canción de Simone que nombraba al amor en una playa mágica y desierta. En mi pecho sentía retumbar mi corazón agitado. Mariano siempre sabía cómo mantener su espléndida erección a pesar de sus múltiples orgasmos, seguro de sí, sensual como su pecho bronceado.

Amarilis me sonrió sorprendida, caliente y cómplice, y volvió a clavar la intensa mirada de sus ojos cobalto en aquel falo descomunal, todavía hambrienta. Como la primera vez que lo hizo en el sofá de piel de la sala de mi casa, se recostó sobre los cojines mullidos de la cama; sin quitar la vista del miembro erecto empezó a acariciarse, abriendo las piernas húmedas con las rodillas en alto, exponiendo ante mis ojos y los de Mariano el frondoso y cobrizo monte de Venus que yo idolatraba como loca.

Sus dedos se perdían, hundiéndose entre los rizos abundantes y la apretada cavidad que tantas veces le había besado y comido, deslizando mis dedos y mi lengua por la doble anegada profundidad de aquel fruto suculento.

Yo seguía muy excitada, sin poder moverme, con las muñecas atadas a la espalda con la verde corbata de seda de Mariano. No sé cuándo ni en qué momento de debilidad se me había ocurrido confesarle a Amarilis que una de mis incumplidas y antiguas fantasías era sentirme indefensa y sometida. Ella me estaba haciendo cumplirla a cabalidad.

Por eso y por su calentura Amarilis sonreía entre temblores, masturbándose también con el vibrador de dos cabezas que había sacado de debajo de la almohada, contemplando a Mariano, la orgullosa verga de Mariano como un alto mástil en medio de la cama, viéndome atada, inmóvil boca abajo, ahíta pero encendida, escurriendo a borbotones mientras el dulce Mariano me hacía sentir su aliento muy cerca del cuello.

Sin mediar palabra, contemplándonos a las dos, Mariano se incorporó unos minutos más tarde, me acostó boca arriba y abrió de par en

par mis piernas. Contempló mi cuerpo espigado, me dio un beso largo en el sexo húmedo que me puso a temblar como una hoja y se hincó entre mis muslos. Yo tampoco dije nada, lo necesitaba adentro y sabía que ambos deseábamos lo mismo.

Sin miramientos, sin los deliciosos y prolongados preámbulos a los que me tenía habituada cada vez que hacíamos el amor (Mariano mamaba como nadie), sosteniendo mis tobillos con sus manos, me dejo ir la verga de un solo golpe, completa, de un certero envío. Hasta los huevos, exclamó jadeante, mientras entraba de pronto, sin resistencia, hasta muy dentro de mi.

No alcancé siquiera a tomar aire. Mi orgasmo fue inmediato y explosivo. No necesité moverme y además, atada, no podía hacerlo. Se introdujo a fondo entre mis labios hinchados abriéndolos al límite, arrastrándome hacia mi misma, hacia el origen primitivo y salvaje del más intenso placer, hacia mi temblorosa entrega, iluminando cada centímetro de la piel de mi alma. Estallé más de diez veces seguidas, en altas olas y espumeantes, rebozando hasta empaparme las ingles y los muslos, ronroneando como salvaje gata en celo.

Con los ojos entrecerrados por el orgasmo vi cómo Amarilis se sacaba el vibrador del cálido y mullido hospedaje, y se levantaba resollando para colocarse a horcajadas sobre mi rostro. Sus frondosos rizos cubrieron mi barbilla y mi nariz mientras ella se abría los delicadísmos labios para que mi lengua acariciara por completo la dureza del clítoris erecto. Se meció lentamente, cabalgando mi boca, apretando las nalgas que yo estaba imposibilitada de estrujar atada de las muñecas como estaba, y alanceada, poseída totalmente por un Mariano febril que me embestía implacable como un toro, que me calaba lujuriosamente hasta donde muy pocos, a excepción de Leopoldo y acaso ningún otro, había conseguido llegar a acariciarme hasta provocarme delirios de placer.

Desde mi dulce tormento, mientras lengüetaba y me cogían, veía los labios de terciopelo de Mariano besar y chupar con tierna delicadeza los pezones y los senos pesados de la jadeante Amarilis.

Ambos gemían, moviéndose en rítmica coreografía sobre mi cuerpo abierto, entre mis piernas, sobre mi boca, deteniéndose cuando mi lengua entraba más hondo entre los pliegues de Amarilis, o cuando el falo de Mariano se su-

mergía enteramente en mi profundidad sedosa y anhelante, manantial de latidos y de cristalina miel espesa, haciendo que mis caderas se retorcieran, desbocada.

Sin sacarme la verga, Mariano me tomó de las caderas y sobre las sábanas me deslizó de entre las piernas de Amarilis y, acostándose boca arriba, me cargó para sentarme encima de él. La enormidad entró aún más, haciéndome gritar de eléctrico y voluptuoso placer entremezclado con un efímero dolor que me encendía más. Su dureza, su largura, su volumen enhiesto, encontraron de nuevo cabida en el apretado recinto de mi sexo, igual que un ave legendaria acoplándose en su nido.

A horcajadas Amarilis se sentó sobre el rostro de Mariano en la misma ardiente posición que antes estuvo sobre el mío, y cabalgándolo con suavidad me abrazó de la cintura, me mordió los labios, los pezones, me abrió aún más las nalgas al tiempo que mis caderas ascendían y bajaban urgidas de otro orgasmo, disfrutando de ese instante mágico sobre la deliciosa dureza que a medida que entraba y salía me iba abriendo más y más.

Las dos amigas nos deslizábamos ardiendo so-

bre el tumultuoso mar de placeres que era Mariano, besándonos, escudriñando el vívido resplandor de nuestras miradas tras las espesas pestañas, sin decirnos media palabra, disfrutando solamente, hablándonos sin palabras, enroscando nuestras lenguas entre un suspiro y un grito. Con las manos atadas a mi espalda, mis dedos alcanzaban a acariciar los grandes testículos que colgaban entre las ingles pegajosas e incluso a introducir la punta de un dedo en su culo.

Fue entonces cuando Leopoldo se levantó del sillón del rincón del cuarto en el que desde hacía una hora y media había estado condenado a estar sentado, con el pene erecto, sin hablar ni tocarse, y se acercó al trío maravilloso que formábamos. Ya estaba desesperado de no intervenir, nos dijo con su ronca voz de barítono, y ya pasaron los noventa y cinco reglamentarios minutos de castigo. A ver si para la próxima reunión se inventan otro jueguito más divertido para mi, o de no ser así le tocará a Mariano sentarse quietecito en el sillón.

Todo había empezado como un ingenioso juego de preguntas y respuestas sobre el origen de ciertas tradiciones romanas, aztecas y griegas que Leopoldo había perdido, por lo que a

modo de castigo le habíamos impuesto quedarse sentado desnudo, bebiendo champagne y mirándonos a los tres sin masturbarse, sin tocarse, sin dirigirnos la palabra, sólo viéndonos sin parpadear, vouyerísticamente.

De un salto felino, Leopoldo trepó a la cama para que Amarilis y yo lo lengüeteáramos y chupáramos de la misma forma en que lo habíamos hecho con Mariano. La promesa y parte de la razón del juego era que después del castigo él podría hacernos lo mismo que Mariano nos pidiera hacerle. E incluso más, hasta donde su imaginación y deseos alcanzaran, siempre y cuando lo consintiéramos y nos provocara un goce intenso y compartido. Su polla, casi tan grande como la de Mariano, y aún más gorda, estaba profusamente lubricada, goteaba espesos hilos de cristal líquido que Amarilis y yo bebimos insaciables.

Estoy a punto de vaciarme, de correrme, de venirme, chilló Amarilis moviéndose más de prisa sobre la apetitosa boca de Mariano. Leopoldo la levantó cargándola por las nalgas y la acostó boca arriba, justo a nuestro lado, para penetrarla con un brutal y único empujón, de la misma forma que Mariano lo había hecho conmigo. Ella se vino suspirando, lenta y pro-

fundamente, como en cámara lenta, con el cabello enmarañado sobre el rostro y el cuello, acompasada al rítmico vaivén del gran amante complaciente que era Leopoldo, hasta quedar totalmente relajada sobre la sábana de seda y con el delgado cuerpo de Leopoldo sobre el suyo.

Yo no quería moverme de encima de Mariano, deseaba continuar inmóvil, apretando todo mi sexo en torno de aquel cilindro maravillosamente resbaloso. Leopoldo me desató las manos y se dedicó a lamerme el culo sin prisa, muy despacio. Sabía que en ocasiones especiales como era esa, disfrutaba sentirme penetrada por los dos lados y también sabía lo mucho que gozaba cuando eran él y Mariano quienes me obsequiaban ese doble placer de reina egipcia. Acaricié los senos de Amarilis, me moví con suavidad sobre la verga de Mariano mientras la tibia y delicada lengua, luego uno y dos dedos llenos de vaselina y finalmente el gigantesco falo de Leopoldo, entraron en mi rincón más íntimo y estrecho después de que me azotara las nalgas con su polla muchas veces, hasta hacer que se me pusieran más calientes.

Amarilis se acariciaba con el vibrador, mirándonos, abierta. Mi culo y mi sexo envolvían de

calidez aquellas untuosas delicias simultáneas. Las dos vergas descomunales latían con fuerza inusitada, entraban y salían alternativamente en mi interior haciéndome sentir por instantes que me partirían en dos gozosamente.

Sin acordarlo previamente, tan sólo atentos a la más insignificante de mis ardorosas reacciones, ambos se quedaban inmóviles de pronto durante un largo rato, para volver a embestir y a empujarme con mayor vigor hacia mis profundos precipicios interiores, hasta que me hicieron alcanzar otro orgasmo inacabable. Mientras estallaba entre gritos y gemidos, y cuando cesó el último espasmo, los dos me besaron el cuello, los hombros, las aureolas coralinas, los adoloridos pezones.

Cuidadosamente, Leopoldo salió de mi culo resbaloso y de nuevo Mariano me colocó boca arriba y sin sacar su deliciosa polla de mi hinchadísimo sexo satisfecho, se puso encima de mi, tendido sobre mi cuerpo, con las rodillas y codos a los lados de mis caderas y de mis hombros, separando bien sus piernas para que Leopoldo, poco a poco, lo enculara.

Mira bien, sabrosa pelirroja, para que aprendas y sepas bien lo que significa gozar, dijo

Leopoldo con picardía mirando la expresión azorada de Amarilis.

Mariano se tensó y jadeó, gozoso, cuando el grosor de Leopoldo comenzó a entrarle con cuidado, muy despacio, delicadamente.

Con el peso añadido de Leopoldo, la largura de Mariano se me introdujo hasta los pelos, empujándome su verga más adentro que nunca, aplastándome con fuerza los dos sobre la cama, con pasión y ternura, moviéndose ambos varones encima de mi cuerpo ya sin voluntad, abandonada a las sensaciones prodigiosas, haciéndome ascender de nuevo vertiginosamente y sumergirme hasta tocar fondo del más estrepitoso de mis orgasmos de la noche.

Gemí mordiendo el hombro de Mariano, aferrado al cabello de Leopoldo con una mano y apretando con la otra las nalgas completamente abiertas de Amarilis, que me había introducido dos dedos en el culo palpitante y envaselinado. Momentos después, arremetiendo lentamente, Leopoldo y Mariano se vinieron, eyacularon al unísono, en un doble y profundo grito masculino, sumiéndome aún más contra la cama, inundándome de calidez y de espesura.

Con el vibrador zumbando hasta el fondo de su peludísimo sexo pelirrojo, Amarilis nos veía incrédula, excitada, con la boca abierta, con los ojos llenos de deseo por mi, por mis dos amigos gays que ciertamente son los hombres más varoniles, y los amantes mas experimentados, cariñosos, complacientes y hermosos del mundo. Ellos son pareja estable desde hace quince años, viven en el edificio de enfrente y de vez en cuando voy a su casa o viene a la mía a paladearme, a disfrutar en secreta complicidad junto y con esta hembra que hoy, cumpleaños de Mariano, les tuvo como sorpresa y obsequio a mi novia y amante, a mi querida Amarilis, para que no olviden lo que las mujeres somos capaces de conseguir y de entregar sin temor ni cortapisas cuando nos lo proponemos.

Ustedes dos son unas brujas terribles, nos dijo sonriente Mariano, sudoroso y aún empalado, con Leopoldo derrumbado entre sus nalgas y encima de su espalda, acariciándome las mejillas y mi sonrisa de satisfacción compartida. Las brujas son ustedes, le respondió Amarilis tomando aire, extrayendo el vibrador y peinando con los dedos su larga cabellera revuelta sobre sus hombros y su bellísima cara enrojecida por el deleite.

Y les serviré otras dos copas de champaña para salpicarnos los rostros y mojarnos los labios con sus chorros de espuma, continuaba chispeante Amarilis, y porque no soy tan bruja les daré algunos minutos para que los tres se repongan porque quiero, deseo, me urge, necesito que me cojan y cojamos como lo han hecho con Rowena. Por algo aquí los cuatro somos pareja y nos queremos. Tenemos el resto de la noche y por supuesto la corbata de Mariano y la entrega del premio del juego que somos nosotras dos. Para eso estamos aquí.

Además y sobre todo, y aunque no tenga puesto ningún moño, yo soy el dulce regalo de cumpleaños.

Amarilis, siempre amorosa, tenía razón.

México, invierno de 2003.

La lenta piel del fuego

Tengo en los labios el jugoso sabor
de tus caricias.

Camila, después del amor.
Para ella misma.

Pedro se incorporó despacio, salió de la cama y encendió un cigarrillo. A contraluz de la madrugada, su figura desnuda y sudorosa se envolvió con el humo azul del tabaco. Él contemplaba, acaso sin mirarlas, las titilantes luces de la ciudad lejana. Yo lo veía de reojo, tendida boca arriba mientras mi respiración iba retomando un ritmo más tranquilo y mi corazón acompasaba la cadencia de sus latidos.

Yo creo que esta fue la última vez, dijo con voz grave y decidida, sin volver la cabeza.

Le dio el cigarrillo a Carmen y comenzó a vestirse. Aún agitada por el último orgasmo, Carmen no respondió y tampoco yo hice ningún comentario. Las dos lo veíamos en silencio desde esquinas opuestas del lecho, con nuestros sexos aún unidos, dulcemente pegajosos rozándose

en cada hinchado pliegue, y con los muslos enlazados por la plácida y untuosa calidez.

Una rodilla de Carmen descansaba sobre mi cadera y a lo lejos, entre la maraña de su cabello despeinado, alcanzaba a adivinar el brillo de sus ojos que no parpadeaban. Sus gruesos labios húmedos tampoco atinaban a moverse. Pedro comenzó a vestirse con lentitud, esperando alguna reacción de nuestra parte.

Cuando al fin anudó su corbata y se puso la chaqueta, tomó nuevamente su cigarrillo de entre los dedos de Carmen y le dio un beso en la mejilla. Se inclinó sobre mi rostro y me dio otro, en la boca.

Salió sin despedirse, sin volver a contemplar nuestros cuerpos desnudos que había dejado ahítos, olorosos a su piel, a su loción de lima, a su sexo suculento del que las dos habíamos bebido hasta embriagarnos de goce.

Minutos después de que se cerrara la puerta, Carmen despegó su sexo del mío y se recostó sobre mi cuello, abrazándome por la cintura.

¿A cuál de las dos se dirigía cuando dijo que era la última vez?, preguntó acariciándome el

pezón izquierdo. Su voz era un ronroneo felino. No lo sé, le respondí, y la estreché aún más, aspirando el aroma delicado de su cabello revuelto y percibiendo la intensidad de los latidos de mis labios aún entreabiertos y empapados.

Descansa, le dije, ya volverá, como otras veces. Metí mis dedos entre sus nalgas resbalosas y húmedas hasta encontrar el abrazo palpitante de su sexo, y así nos dormimos hasta el mediodía.

El cilindro

La espuma que la trajinera iba dejando a su paso
esclareció mi certeza que las tres,
hijas de las aguas de Amsterdam, Xochimilco y Venecia,
sabíamos que existe un canal que debe cruzarse
en gozosos días de fiesta.

Antonella di Agrento, Las herederas de Afrodita.

Al volver al hotel después de todo un día de tiendas y museos, nos apresuramos a tomar una ducha para luego abrir bolsas y envoltorios. En realidad teníamos menos interés en los vestidos de gasa estampada o en el par de botines o en el body recién adquiridos, que en el carísimo y enorme vibrador transparente de diseño y tecnología más avanzados. Hasta su nombre propio era largo: Super Point G. The Bigest Master. Lo último en estimulación del placer femenino, prometía en suave holandés la tapa de la caja. En cuanto lo descubrimos en un sex-shop dos cuadras arriba me sugirió que lo comprase, sin importar el precio, que ya luego haríamos cuentas para compartir el gasto.

Se lo alcancé para que lo sacara de su empaque y lo lavásemos antes de ponerle las baterías. Zumbaba en 5 distintas velocidades, cada una más intensa que la otra, y no hacía casi ningún ruido. En la palma producía un alegre hormigueo. Le pedí que lo probáramos, que estaba excitada y para demostrárselo deslicé su mano por mis labios inferiores, y la sacó empapada en jugo. Se chupó los dedos.

Con mi tono más sensual susurré que le daría el honor de inaugurarlo y que por esta vez lo estrenaríamos en su culo. Contestó que estaba completamente loca, que jamás lo había hecho por detrás, que ni en estado etílico o soñando accedería. Persistí vehemente, acariciándole las mejillas y desesperándole con cientos de besos en los lóbulos y en el cuello. Que no, que no había forma de convencerle. Ni aunque me pagaras.

Que me dejara de juegos. Que no, rezongaba, que sería doloroso, insistía, y que además le estaba ganando el cansancio. Dije que no me alzara la voz, que de ninguna manera íbamos a dormir con esa calentura, que entonces para que lo habíamos comprado y machaqué obcecada y me empeciné hasta doblegar en media hora su débil resistencia.

Feliz le anuncié que sería una experiencia sensacional, que recordara aquella película triple equis que tanto nos excitó, en la que dos chicas lo hacían así, que le iba a dar un placer inmenso porque, como sabíamos, el ano era el sitio sensible por excelencia, que me emocionaba hacérselo de ese modo para variar, al tiempo que se iba colocando en cuatro, hundiendo la despeinada cabeza entre las almohadas. Te advierto que si me lastima no vuelvo a dirigirte la palabra en todo el viaje, reclamó con temor, pero también con deseos que se hacían notar en la humedad de la sábana.

Con ambas manos separé el sabroso meridiano de sus nalgas y lamí como una gata aquel hoyito maravillosamente aterciopelado y virgen hasta que su deleite llenó el cuarto de suspiros. No vayas a venirte, le ordené, apenas estamos empezando. Introduje un dedo embarrado en vaselina y después otro. A merced de mi esmero fue distendiéndose el esfínter, anticipando la intromisión del cilindro translúcido de tersa punta roma.

Di un largo masaje a su culito y le arranqué más de un gemido. Estábamos muy calientes y nuestra lubricación se extendía ya por la blancura de algodón. Encendí el vibrador en

la primera velocidad y la lujosa cabecita entró suavemente y con relativa dificultad. Me duele, gruñó, mejor hagámoslo en tu culo. Contesté que no, que ya iba por la mitad, que aspirara profundo, que se relajara, que aflojara más las nalgas, y seguí empujando.

A esas alturas del partido no se me iba a echar para atrás. Me incomoda, sácalo un poco. Lo hice, pero sólo para ponerle más vaselina y casi se escapa de mis manos. Su culo abierto era la negra letra O de un sueño erótico. Un orificio tan apetitoso y suculento como muchas veces había comentado que es el mío. Volví a invadirle con cuidado entre aquellas elevadas protuberancias que clamaban al cielo raso, y para apaciguar mi ardor trepé a su espalda y unté mi clítoris sobre su piel sedosa y transpirada. Eso le encendió más. Desde arriba la vista era soberbia.

Aumenté al 3 la velocidad y lo clavé casi entero. Ahí sí gritó, no sé si de dolor o de lujuria o de ambas cosas, pero no cambió su felina posición en lo absoluto. La incomodidad es lo de menos, lo importante es que lo disfrutes, gózalo, yo alcanzo a recibir su cosquilleo. Ya entró todo, mentí, ya ves cómo la sensación es deliciosa, repetí varias veces resbalando por la pendiente mojada de su espalda.

Durante un rato se lo dejé dentro, zumbando como una abeja inmóvil, para que se acostumbrara a su diámetro y largura mientras con mi propia lubricación mezclada con pericia en vaselina le acariciaba sus pezones. Le llevé hacia atrás un brazo hasta que su palma y sus dedos alcanzaron mi clítoris. También yo resollaba. El ronroneo era rico y seguramente también lo sería la vibración ahí empalada. Presioné más sobre los pocos centímetros que faltaban y cambié al número 5 la potencia de nuestro Super Point G. The Bigest Master.

De acuerdo con el instructivo, esa era la velocidad en la que el extremo del aparato iba a rotar en sentido contrario al de la base, que apenas asomaba entre sus nalgas, produciendo una sensación extraordinaria. Empecé a sacarlo y a meterlo y seguí deslizándome en su espalda que escurría. El objeto iba cambiando a un viscoso color amarronado conforme bombeaba. Dime que te enloquece tanto como a mi, pídeme que no pare esta delectante sodomía. La voz ya era un quejido, pero no me iba a detener hasta que simultáneamente llegáramos al clímax.

En contra de la costumbre, me vine primero y aunque me temblaban las piernas seguí me-

ciéndome en búsqueda del siguiente orgasmo. Me rogó que lo sacara, y que por favor le acariciara. Exhausta, me apiadé. Bajé de su espalda y sin extraer de su albergue la deliciosa fuente del zumbido, me acomodé bajo sus piernas y metí toda su verga en mi boca. Casi de inmediato y escatimándome el placer de succionarlo arrojó chorros cálidos y espesos que absorbí, relamiendo lo que había alcanzado a salírseme a las comisuras.

Ahora si, por favor sácalo. Lo jalé hacia fuera e hizo un grato sonido de succión. ¿Ves que rico se siente? ¿Has visto cómo te pusiste de cachondo?, así siento yo también cuando me enculas. Te toca lavarlo a ti, añadí más sosegada. Me duele y me arde, seguía repitiendo monotemático después de que fue al baño, emperrado porque ya apagué la luz y estoy tapada simulando dormir y él quiere festejar cogiéndome por delante y por atrás con el cilindro. La tiene otra vez dura. No sé que se piensa, ni que estuviera loca. Además con lo tarde que es y el cansancio y el sueño que me ha entrado.

La Carta

para Aranxa y José Alberto

Querido Alberto:

Sabes bien que en estos 15 años de convivencia nunca he puesto reparo ni condición a ninguno de tus gustos y proposiciones, aunque muy al principio tus fantasías me parecieron demasiado sofisticadas e incluso atrevidas para una mujer como yo, criada en un ambiente conservador aunque no exageradamente estricto, que siempre se ha considerado a sí misma un ser humano de contemporánea mentalidad inquisitiva. Fueron el amor, la curiosidad y el deseo la mezcla explosiva de cada una de las aventuras que ambos hemos explorado juntos para ensanchar el horizonte de nuestro placer. Como tantas veces te lo he dicho, estoy orgullosa de mi.

Fui yo quien en los últimos tiempos tomó las iniciativas más audaces en los territorios de nuestra sensualidad y compartida satisfacción. Los primeros años de matrimonio, años

de intensa plenitud y entrega, agotaron en buena medida nuestras posibilidades de expresión y capacidad de sorpresa como bien me dijiste después de que hicimos el amor en un hotel de Venecia, donde los espejos del techo y de los muros devolvían la bella imagen de nuestros jóvenes cuerpos sudorosos.

Ciertamente, luego de aquellos primeros siete años de vivir juntos habíamos aprendido a acoplarnos de mil maravillas en lo intelectual, en lo afectivo y en lo físico. No había ya un rincón de mi piel que no disfrutara, temblando, con el roce de tu lengua o de tus dedos o con la embestida furiosamente dulce del exquisito manjar de tu sexo, o con el zumbido de la rica colección de vibradores que hemos formando de a poco.

En estos años he disfrutado el estar desnuda en casa todo el tiempo que paso en ella, o tomando así el sol mientras leo en el jardín de Cuernavaca al lado de la alberca, o en top less en la playa contigo y con nuestros queridos amigos y amigas comunes, o a no llevar ropa interior, a excepción de medias, cuando salimos a alguna fiesta o al teatro, humedeciéndome al saber que te encanta tenerme a tu lado semidesnuda, presintiendo que de pronto y sin

aviso previo acercarás tu mano para sentir mi vulva sin la mínima sombra de vello.

He disfrutado y disfruto intensamente acariciarme para ti, para mirar cómo me miras con los ojos prendidos —ojos de fuego negro— cuando con lentitud me introduzco un vibrador o el collar de perlas o las esferas chinas, o cuando insserto mis dedos muy al fondo de mi entrepierna; cuando acaricio mi botón rosado ya sea boca abajo, levantando la grupa en nuestra cama o sentada sobre tu pecho.

Siempre me ha gustado provocarte en el auto, camino de nuestras respectivas oficinas, cuando tus manos a pesar de su inquietud no pueden separarse del volante y yo me froto y me vengo en líquidos gemidos, apretándome un pezón como a un rubí enmedio del tráfico del periférico.

De tu pene, cetro de mis placeres, puedo decirte que aprendí con cada milímetro de mi piel a degustar su sabor a fresas silvestres, a paladear su tamaño, consistencia y grosor e, incluso a necesitar, como una adicta, de su textura triunfal en las profundidades de mi lugar más recóndito y estrecho: ese apretado y prieto cerco que siempre será virgen, que siempre quie-

re ser amado, acariciado, abierto, descubierto, distendido, lengueteado, ensalivado, aceitado, asaltado y perforado por tu dureza.

Y es que no me averguenza contar a mis amigas y mucho menos a mi analista que el placer anal es la más atisfactoria de nuestras mutuas preferencias eróticas, a pesar de que las primeras veces que lo hacíamos sentía, cuando comenzabas a entrar, una mezcla de dolor y goce, aún si lo hundías despacio y profusamente ensalivado por mi lengua o bien empapado de resbalosa vaselina. Pero el dolor desaparecía de golpe por ese torrente de magia que brotaba de tu jadeo, por ese privilegio de dejármelo ir de raíz a lo más profundo, de empujármelo con firmeza pero con suavidad, hasta tocar el invisible fondo, hasta que me encendías como a una cegadora luz de pirotecnia, enloquecida en la cadencia de mi propio placer y acompaséndome al movimiento de tus caderas, desparramada, pegada a ti, poseída, aferrada por tus brazos como indómito animal sin darnos tregua.

Bien conoces que no nos negamos a nada. Al igual que tú y en igualdad de circunstancias lo consentí todo por el puro gusto de sabernos excitados, deseándome y deseándote, por

la única y plena satisfacción de sentirme constantemente amada, seductora mojada y seducida, llena de vida y de sensualidad febril. Como cuando al terminar la fiesta inolvidable de tu cumpleaños 45 me pediste que hiciera el amor con Xavier, aquel guapo amigo tuyo que se quedó hasta el final del festejo, para hacer realidad nuestra fantasía de verme gozar sobre la alfombra persa con la minifalda de seda negra arremolinada en mi cintura, mientras frente a mi cara te masturbabas goteando, provocado por mi hábil manera de montarlo y de gemir como una loca. Luego me diste tu sexo entero hasta el caoba de tus rizos para que yo lo lamiese y succionara antes de que me penetraras, al mismo tiempo que Xavier, por el culo y de un solo y certero envío.

Los tres nos venimos al unísono y así, hechos un suculento emparedado de miel, nos quedamos largo rato sin decir media palabra, ronroneando, esperando por el siguiente set que no tardamos en jugar como si fuéramos ya expertos.

Hoy me parece que aquella primera vez que hicimos un trío tuve la sensación más exquisita y extraordinaria que he experimentado, alcanzando un larguísimo orgasmo una y otra vez,

doblemente alanceada por dos hombres deseantes que mordían mis hombros, mi nuca, mi espalda, mis pezones endurecidos; dos hombres que abrían totalmte mi jadeo, que me hacían proferir fogosas obscenidades mientras mi botón endurecido al máximo dolía de puro ardor. Me acuerdo, y me da risa, que no pude sentarme bien en el despacho al día siguiente, y que durante toda la semana tuve que llevar una blusa o un suéter cerrados y un vestido hasta el tobillo para ocultar las hermosas marcas que enrojecían mi cuello y mis muslos.

Reflexionamos y hablamos mucho después de aquello. Yo sentí y creo firmemente que mi sexualidad empezó a florecer con mayor plentitud, y que nos habíamos unido aún más como pareja, como amorosos cómplices que compartían sin tapujos clasemedieros ni celos estériles una misma y hasta entonces inédita perspectiva de nuestras ricas posibilidades humanas. El erotismo nos transformó y se transformó de ese modo en una activa forma de felicidad encarnada por la sensualidad y fidelidad conjuntas.

Repetimos y mejoramos con creces esa experiencia novedosa ¿cuántas veces? ¿en cuántos lugares? No lo recuerdo. Fueron muchas las

ardientes ocasiones en que, con Xavier o con Pedro o con Daniel o Ángel, con sus respectivas parejas o sin ellas, me llevaste a desconocidas y más altas montañas de mi femeneidad en pleno éxtasis, mordisqueando, olfateando, lamiendo, entrando y saliendo, haciendo de mi cuerpo un doble o triple albergue que hospedaba generosamente tu verga y la de los otros que, para mi deleite, iban intercambiandose de lugar detrás o enfrente, debajo o encima de mi. Luego tú y yo volvíamos a casa, aún excitados por las sensaciones e imágenes compartidas, y hacíamos el amor con más dulzura, con mayor pasión, entregados sin reparo a nuestras propias fantasías y al recuerdo de la experiencia reciente que muchas veces filmaron y fotografiaron los amigos para nuestra videoteca y nuestro álbum íntimo y secreto.

Así sucedió también cuando lo hacíamos con Amarilis, tu amiga de la universidad, la adorable historiadora de fino y abundante vello pelirrojo en el sexo y las axilas y con percing en el ombligo y en cada pezón unido por una cadenita de plata, quien nos lamió lenta pero delicada y salvajemente mientras hacíamos el amor el verano pasado en Acapulco, hasta que se le inflamaron los labios de su delectación. O con Guadalupe, la arquitecta y dulcísima

gritona de pechos opulentos que a tu pedido siempre llevaba un liguero beige y te montaba y lengueteaba y besaba mi boca, a la vez que yo me ponía a horcajadas sobre el río impetuoso de tu rostro para sentir tu barba raspándome y tu lengua como un áspid inquieto entre mis piernas. O con Valentina, que tenía tatuado un pegaso con las alas desplegadas en la ingle derecha, y que me enseñó a usar con ella aquel enorme vibrador de dos cabezas en el jacuzzi de un hotel en Can Cún y que al lado de su marido vouyerista disfrutó embelesada el ver la manera en que yo pausadamente chupaba y aprisionaba tu miembro entre mis senos, embadurnados de aceite de almendras comestible.

O con Aranxa, nuestra tierna poeta y vecina de larga cabellera con quien tantas tardes y noches interminables me derretí en un 69 fulgurante mientras tú la penetrabas largamente por cada orificio. Y yo, debajo de ella, aferrada a sus nalgas bronceadas que para ti abría al máximo y lamía, observaba extasiada como espectadora de primera fila el jugoso espectáculo de tu forma de disfrutarla, de darnos siempre a cada una prolongados orgasmos sin escatimar en nada, de alzarnos hasta el goce de lumbre húmeda que sabías encender y multiplicar

para nosotras. Luego entre risas dormitábamos abrazadas a ti, viendo uno de nuestros videos, hasta que el deseo te hinchaba de nuevo y las dos, hembras en celo, hacíamos turnos para absorber tu virilidad, apostando a ver cuál de las dos conseguía mantener la punta en el fondo de su garganta por más tiempo, antes de colocarnos las dos en 4 patitas y en paralelelo para que tú, desde atrás de nosotras, nos tomaras alternativamente. O mejor dicho, para que nosotras nos alternáramos para tomarte

Y es precisamente por la hermosa Aranxa, nuestra escritora de almohada y cabecera, que escribo esta carta que al volver de tu trabajo leerás en esta misma pantalla. Debo decirte, querido Alberto, que creo haberme enamorado de ella, que no dejo de pensar en sus cálidas y elásticas curvaturas, en su eléctrica forma de venirse, de coger y ser cogida, en las cerezas de sus enormes aureolas tan parecidas a las míos que, como bien le dijiste una vez, coronan dos montículos gemelos con un color similar al de mis labios.

Sueño constantemente con ella, con sus gemidos a la hora de venirse, con su cintura flexionándose para llevar sus rodillas a los lados del óvalo hirviente de su cara, elevando sus

piernas hacia el cielo, con el sólo propósito de que nuestras lenguas y sexos froten su pubis ávido, o nuestros dedos se disputen, una vez más, el privilegio de invadir sus dos espesas hendeduras. Mis noches de unos meses a hoy así se han convertido en una obsesión que se repite y se repite, y que me despierta, empapada en sudor y néctar, enmedio de pétalos de éxtasis cuando de algún lugar de la memoria me asalta el olor marítimo de su cuerpo y hasta la siento jadear contra mi oído.

En este último año de hacer deliciosos tríos con ella o apasionados cuartetos en los que ha intervenido Pedro, su ahora ex esposo, me he dado cuenta de lo mucho que me gusta el embriagante sabor de la dulce Aranxa, sobre todo cuando lo he probado en directo de su sexo, sin tener que degustarlo por intermediación de tu espléndida dureza o de la de Pedro. Me he percatado de lo mucho que disfruto de su personalidad y de su compañía, ya sea entre las sábanas o al ir de compras o al gimnasio o a algún restaurante, sintiendo las miradas lascivas de los hombres que parecen adivinar que bajo nuestros trajes sastre no llevamos nada puesto, y que nuestros pubis igualmente depilados sonríen y chasquean en armonía cada vez que caminamos tomadas de la mano. Como

bien sabes, no han sido pocas las oportunidades en que las dos, aguijoneadas por el deseo, hemos terminado por abrazarnos, besarnos y acariciarnos en algún baño público o en un estacionamiento.

No te he negado nada, amor mío, y tú a mi tampoco nada me has negado. Por ello, hoy que los tres hemos regresado de vacaciones, te pido que acojas esta nueva experiencia. Más ahora, que ella ha decidido separarse de su marido para vivir con nosotros y compartir esta fantasía que se ha tornado en una realidad inquietante y ajena al menor atisbo de pudor o inhibiciones. Tú podrás dormir en la habitación de visitas o en la biblioteca y, de tanto en tanto, te invitaremos a hacernos compañía en el lecho. Ella sin duda también estará de acuerdo.

Te quiere y desea,

Rowena.

Vuelo nocturno

Confusas
Entre los pétalos
Alas de pájaros
M. Shiki

Al terminar la segunda película apagué la luz, y contra el respaldo del asiento delantero plegué la mesilla en la que se apilaban dos revistas y la novela que estuve leyendo casi desde que el avión tomó pista de despegue. Tapado con el cobertor de lana hasta la mitad del pecho, Alberto, mi marido, dormía como un tronco en el asiento contiguo a mi derecha y su profunda respiración era tranquila.

Él, que casi no probaba el alcohol salvo en alguna fiesta o en ocasiones especiales, se había bebido entera la botellita de vino tinto a la hora de la cena que ni siquiera tocó. Además se había tomado dos whiskys dobles en el aeropuerto para atemperar el nerviosismo y mal humor que le producían los vuelos largos, y así conciliar el sueño durante toda la noche, sin que le importaran las turbulencias o las 12 horas de aquel viaje claustrofóbico sentado en

los asientos centrales de la última fila del avión repleto de pasajeros.

A su otro lado, una bella española, andaluza y trigueña de labios carnosos y ojos color miel, también dormitaba cubierta con la ligera frazada hasta los hombros. La vi cuando tomó asiento, alisando su minifalda color marfil que descubría unas piernas espléndidas y se ajustaba al relieve prominente de su trasero. Alberto había estado charlando animadamente con ella durante la primera hora del vuelo, e incluso intercambiaron sus respectivas tarjetas de presentación. Se llamaba Fabiola, nos dijo, y era antropóloga. Ella iba también de vacaciones y se hospedaría en el mismo hotel que nosotros, donde ya la aguardaba su pareja. En la semi penumbra de la cabina, resplandecía serenamente el hermoso perfil de la mujer y sus labios tarareaban en silencio la música que llenaba sus oídos.

A mi izquierda viajaba un caballero de aspecto oriental, quizá japonés o malayo de ojos almendrados y edad indefinida como todos los seres de su raza, con el que apenas intercambié algunas frases de cortesía en mal inglés, cuando cenábamos. Sus modales eran elegantes, casi solemnes, y su rostro hierático e imperturba-

ble. El también había estado leyendo un libro escrito en un idioma para mi indescifrable.

El avión parecía estar suspendido silenciosamente en medio de la noche que se agolpaba en las ventanillas lejanas a nuestros asientos, a mitad de un océano que kilómetros abajo era una masa oscura, inmóvil como la sombra que nos circundaba y de vez en cuando daba unos breves saltos que me hacían estremecer.

Recliné mi asiento, me envolví en la manta hasta el cuello y apoyé la cabeza sobre el amplio pecho de Alberto. Aprovechando que bajo su cobertor él llevaba el cinturón y el pantalón desabrochados para descansar más cómodo, le bajé la cremallera y abracé su miembro en reposo con mi mano. En mis auriculares Sting, María Bethania y George Michael se alternaban para cantar en voz baja y me arrullaban. Aunque casi nunca he podido conciliar el sueño en los aviones, traté de dormir. Nos esperaban diez días de vacaciones en las soleadas islas del sur a las que viajábamos por primera vez, y quería estar fresca y despejada para disfrutar del reposo en compañía de mi marido.

La sola idea de saber que unas horas más tarde estaríamos los dos desnudos tendidos en la

arena me producía un efecto de sensualidad y tibia placidez. Comencé a tener pensamientos eróticos recordando la forma en que habíamos hecho el amor durante toda una tarde no lejana, a la orilla del mar turquesa de Playa del Carmen. Nuestros cuerpos dorados y resbalosos debido al bronceador, se deslizaban uno sobre otro como dos delfines en rumorosa libertad, lejos de todo apresuramiento y aislados del formalismo citadino.

Aquella vez lo cabalgué como enardecida amazona sobre las blancas arenas solitarias, mirando al sol que se mecía tras el oleaje cristalino. El viento, salobre y denso, humedecía mi frente y mis cabellos; tendido boca arriba y desde atrás, Alberto se aferraba amorosamente a mis caderas y a mis senos, pellizcándome los pezones, besándome los hombros y el cuello transpirados. Yo a la vez me acariciaba oprimiendo en círculos y con suavidad sus huevos contra mi clítoris eréctil, entregando a la luz todo mi cuerpo.

Esa tarde me vine varias veces mientras él se esforzaba en contener su propio orgasmo, y en esa posición acuclillada saqué su verga de su cálido recinto para franquearle la entrada en mi culo aceitado. Abierto, el cielo se incendiaba

de violetas y naranjas y nosotros sumábamos nuestros gritos y gemidos al ronco vaivén de la marea. Además de nuestra amiga Amarilis, solamente yo era capaz de engullir enteramente su enorme largura y grosor entre las nalgas, y de disfrutar de sus briosas y dulces embestidas como loca.

Suavemente comencé a humedecerme bajo el reflujo de aquella evocación y extendí las piernas para sentir cómo se hinchaban poco a poco mi clítoris y mis labios. Me saqué discretamente la tanga sin levantarme y sin moverme apenas de mi asiento, y aferrada al pene de Alberto me sumergí en las imágenes de aquella tarde, concentrándome en las sensaciones voluptuosas que inundaban mi cuerpo. Recordé también que al regresar de la playa ese mismo día salimos a bailar a una ruidosa discoteca, y que luego fuimos al hotel para hacer el amor en compañía de Amarilis y de José, su esposo. Ella quería ser penetrada por primera vez por cada orificio de forma simultánea, y después de acariciarnos y besarnos rodando las dos en un larguísimo 69, se montó de un solo golpe y hasta la empuñadura sobre la verga magnífica de Alberto.

José se hincó tras ella luego de lubricar su ano y empujó cuidadosamente su verga que yo me

había encargado de ensalivar profusamente. Debido a las sinuosas contorsiones de mi amiga y por error de milímetros, la verga resbaló al interior de la ensortijada y pelirroja vagina de Amarilis que ya estaba ocupada por el miembro de mi marido. Fue así como nuestros dos hombres llegaron al fondo de su vulva mientras ella gemía de delectación y de dolor. Yo lengüeteaba y succionaba el par de huevos que entrechocaban en los umbrales de su ensanchada abertura, contemplando las dos vergas apretadas una contra otra, entrando y saliendo, deslizándose rítmicamente en el interior de su vellosa carnosidad dispuesta al placer, hasta que Juan retomó su camino y la enculó paciente pero salvajemente hasta los pelos. A horcajadas, me senté sobre la cara de mi marido para que éste me devorara al tiempo que Amarilis mordisqueaba jadeante y sudorosa mis senos, mis orejas y mi cuello. Luego las dos cambiamos de sitio sin dejar de besarnos.

El avión avanzaba en medio de la negrura que es la nada, y las frescas imágenes de pasión que se agolpaban y sucedían en mi memoria me hacían sonreír gozosa y me provocaban escalofríos anhelantes. Me estreché más al cuerpo de mi esposo. Aquellos vívidos recuerdos del fin de semana en Playa del Carmen me ca-

lentaban tanto como los momentos de deleite que los crearon y que compartía con Alberto.

De pronto, entre la ensoñación y la vigilia sentí un roce tibio sobre mi Monte de Venus. Era la mano de mi vecino oriental y no la mía, la que se había posado sobre mi entrepierna. Mi primer impulso fue el de apretar los muslos ante la turbadora intrusión del extraño, arrojar su mano lejos de mi, incorporarme y reclamarle escandalizada por ese absurdo atrevimiento. Pero alguna incomprensible razón me impidió hacerlo. Pensé que tal vez había advertido que me había quitado la tanga, y que aquello lo había interpretado como una invitación a acariciarme. Con cierto temor, tal vez avergonzada y ciertamente curiosa y excitada, cerré los ojos y dejé que me tocara aquel desconocido a quien no habría de volver a ver después de esa noche.

Permití que su palma reposara su dulce peso y calor sobre mi pelvis, y que minutos más tarde desabrochara cada botón de mi vestido camisero hasta dejarme semi desnuda bajo la frazada.

Sin estorbos, su mano se dio a la tarea de deslizarse, lenta y sabiamente, de arriba a abajo, reconociendo la geografía de mi piel desde la doble protuberancia de mis senos hasta mis

ingles, desde el anillo de plata de mi ombligo hasta mis muslos. Al cabo de un largo rato, la mano del intruso se posó semejante a un pájaro de fuego en mi vagina ya empapada.

Yo estaba petrificada por la excitación y por el miedo. Jamás una persona extraña me había tocado sin que yo lo desease y consintiera, y sin que Alberto también estuviera de acuerdo. Además de vez en cuando algún pasajero transitaba por los pasillos hacia los baños, aunque nadie, y en esas condiciones mi esposo mucho menos, podía advertir que bajo mi frazada descansara entremetida la mano tan cálida de mi compañero de la izquierda. Volví el rostro y lo miré de reojo: cubierto también con la manta hasta el cuello, el hombre permanecía con los ojos cerrados detrás de sus anteojos redondos, con la cabeza hacia el frente, inmóvil como estatua de un emperador de un reino magnífico. Sus dedos, ajenos tal vez a su voluntad y a la mía, palpaban con cuidado aunque seguros, un territorio propio, antiguamente y de sobra conocido.

Sus dedos eran largos y llenos de misterio. Con las uñas rozaba apenas mi clítoris, sumergía una yema en la humedad apretada de mi sexo y retornaba al exterior para rascar ligeramen-

te la orilla de mis labios, lubricándome con el jugo que manaba en abundancia. Recibí la sabiduría ancestral de aquellas caricias que desde algún país desconocido y remoto en el tiempo y el espacio iban encendiendo la claridad de mi deseo.

Más relajada y dispuesta a regalarme a mi misma esa experiencia volví a reclinar mi cabeza sobre el pecho de mi marido. La tersa y hábil mano se detenía cuando percibía un mínimo movimiento de mis caderas que instintivamente empezaban a menearse y entendí el mensaje.

Bajo la manta de lana, él haría suave y cadencioso aquel masaje, imperceptible para todos los pasajeros que dormían, incluyendo a Alberto, y yo no debía moverme, tan sólo concentrarme en su disfrute pleno. Así es que contuve cualquier empuje pélvico y solamente abrí un poco más las piernas para dejar pasivamente que sus dedos continuaran crepitando en su deliciosa travesía. Flexioné una rodilla para sentarme encima de mi pie, y por mi tobillo empezaron a descender los primeros hilos de mi lubricación.

Con lentos movimientos los dedos abrían y cerraban mi sexo, entraban un poco y salían

para patinar unos segundos sobre el clítoris; luego presionaba su palma entera contra mi pubis mientras uno de sus dedos exploraba dulcemente mi ano que había dilatado su estrechez, y volvía a extraerlo para dar masaje a la entrada de mi vulva. Penetraba y oprimía lo necesario para hacerme ansiar más profundamente la duplicada intrusión de sus caricias, repitiendo sin pausa ni prisa los mismos pasos una y otra vez, exasperándome casi, palpando en zigzag de abajo a arriba con delicadeza y con pleno conocimiento de los puntos donde el placer se incrementaba hasta hacerse realmente insoportable.

Aquella mano tenía la masculina rugosidad del terciopelo. Me acariciaba como si mi vulva fuera un dócil animal ajeno al resto de mi cuerpo, un gato montés domesticado, un conejo urgido de su fuerza y su fineza. Nadie, a excepción de Blanca o Amarilis quizá, que sabían sostenerme con la punta de su lengua en la cúspide de la excitación sin dejarme precipitar en la vorágine del goce, me había tocado con tal refinamiento, aunque aquel no era el momento de establecer comparaciones.

Como si doblaran secretos origamis, los dedos descendían desde el clítoris hasta el derredor

del ano, entraban una y otra vez de forma breve, para aquietarse sin hacerme traspasar los linderos del orgasmo.

Luego de mucho tiempo, el hombre retiró la mano y lo vi inclinarse para sacar de su maletín colocado bajo el asiento delante del suyo una lata redonda y plana, cuyo destello añil metálico creí reconocer entre las sombras. La abrió y metió en ella sus dedos y la volvió a cerrar. Debajo de la frazada su mano regresó al selvático rumor de mi entrepierna. El ungüento con el que él había lubricado sus dedos me produjo inmediatamente un intenso calor que trepó hasta mis mejillas y me hizo percibir con nitidez las aceleradas palpitaciones de mi sexo. Aquella era una pócima extraordinaria cuya atávica composición incrementaba el fuego de un untuoso placer que me encendía, haciendo resbalar una vez más sus dedos por encima y a través de los suaves caminos por donde sus yemas se habían abierto paso con facilidad, arrastrándose sin premura y alternativamente.

Me mordí los labios y contuve la respiración para no gemir, y apreté la verga de Alberto cuando me sobrevino el primero de los orgasmos que la experimentada mano de mi compañero de viaje me obsequiaba. El goce de sus

caricias era multiplicado por la intensa calidez de aquella fórmula cremosa que a partir de la raíz profunda y oculta entre mis nalgas se iba ramificando, para crecer por todos los poros de mi cuerpo y enardecer a su máxima pureza mis sentidos en flor. Mi sexo hinchado estaba extremadamente sensible a la sofisticación de su tacto y él lo supo de inmediato. Dejó nuevamente quieta su mano sobre mi pubis, con un dedo inserto en los latidos de mi vagina y otro dentro del relajado anillo del culo, como si sus falanges fuesen dos anzuelos que saborearan mis involuntarias contracciones, prolongando en mi agonía la sensación de su abrasadora destreza manual.

En silencio, con los músculos tensos, me comencé a correr nuevamente, empapada en sudor de la frente a los tobillos. Sentía estar ya fuera de mi, presa de mi deseo y a merced de la sapiencia de aquella mano que, aunque estuviese inmóvil, hacía que mi piel se erizara de pies a cabeza. El hombre interrumpió su dulce recorrido en el momento en que mis caderas empezaron a empujar ansiando más, pidiendo que los dedos engarzados en mi cuerpo entraran más a fondo y sin contemplaciones.

La verga de Alberto se había endurecido por los

apretones que yo había estado dándole cada vez que sentía sobrevenir un nuevo destello del éxtasis y había crecido hasta volverse tensa, lista para mis labios que buscaron con ansia su cabeza, y la introduje en mi boca. Empecé a succionarla al tiempo que la mano del extraño se movía de nuevo y hechizándome me llevaba a la cima de otro orgasmo. Mi esposo seguía sumido en el sueño más hondo sin percatarse del estado al que me había conducido la maestría de mi diestro compañero de viaje, ni de que mi mano y mi lengua envolvían las oscuras palpitaciones de su miembro, paladeando su enhiesta textura, mamando su progresivo grosor y gusto a dátil.

Fue entonces cuando sentí la mirada de la vecina de asiento de Alberto, y levanté ligeramente la cabeza para buscar su mirada. Sus ojos agrandados tenían una mezcla de delirio y estupefacción por la escena que observaban, pero sus labios esbozaban una leve y cómplice sonrisa. Sabiéndome mirada sin cortapisas en mi deliciosa tarea y sin importarme ya que se hubiese deslizado de su sitio la manta de mi marido, regresé golosa sobre el miembro de Alberto. Al comenzar a lamerlo otra vez, aún viniéndome, advertí que bajo el cobertor de Fabiola se movían sus manos nerviosas.

Sin dejar de chupar y envuelta en el oleaje del prolongado orgasmo, estiré mi brazo bajo la manta de la española donde encontré su propia mano. Ella se acariciaba con rapidez mirando el espectáculo de la verga de mi marido entre mis labios. Sin decirle nada, aparté suavemente su mano de su sitio, y puse la mía encima de la sedosidad depilada de su pubis. No tenía ropa interior y mis dedos hallaron de inmediato su clítoris tan erecto como el mío. Metí un dedo en aquella cueva mojada y empecé a masturbarla con la misma ternura que el oriental me acariciaba desde hacía no sé cuántas horas.

Los dedos de Fabiola se disolvieron entre los cabellos revueltos de mi nuca, empujándome hacia abajo para que mi garganta se llenara de la verga de Alberto hasta los huevos resbaladizos, e imprimió un ritmo cadencioso a mi mamada. Me quité un instante para lamer la base del miembro de mi marido, y ella se inclinó para absorber la hinchadísima cabeza que mi otra mano le brindaba.

Alberto continuaba dormido, respirando pesadamente. Introduje otro de mis dedos entre los blandos pliegues de la chica, y di un suculento masaje a su clítoris inflamado. A lo largo de media hora que me pareció eterna, mi boca se

unió a la suya, besándonos en torno a la punta de la verga de mi marido, hasta que eyaculó un primer chorro espeso que recogimos las dos con las ávidas lenguas, absorbiendo después los que vinieron y el sabroso miembro volvió, seco por nuestras bocas, a su estado normal sin achicarse.

Ella se echó para atrás contra el respaldo de su asiento y separando aún más las piernas apretó mi mano con las suyas cuando sintió llegar un orgasmo explosivo, al tiempo de que los cálidos dedos del extraño me conducían en vilo hacia la cumbre de otro orgasmo, éste más suave que los anteriores pero también más alto y ensanchado.

Después que el oriental retiró su mano yo dejé chapotear mis dedos en la caliente lubricación que derramaba el sexo mullido de Fabiola, hasta que encendieron la luces de la cabina y entonces tuve que incorporarme con prontitud para cubrir a Alberto y recobrar la compostura antes que las azafatas empezaran a desfilar por los pasillos llevando y trayendo bandejas con agua, café y jugos de fruta.

Desde el hombro de mi marido le sonreí a Fabiola y ella se acercó para besar mis mejillas

brevemente y decirme al oído, suspirando: —Eres maravillosa y quiero follar contigo en cuanto nos instalemos en el hotel. Voy a hacer que me alojen en un cuarto junto al vuestro— añadió sonriendo en medio del resuello. Su cabello olía a hierbas silvestres y su aliento conservaba el inconfundible sabor de Alberto. La maravillosa eres tú—, le regresé el piropo y fui sincera al decírselo. Yo no me atrevía a volver el rostro hacia el vecino de asiento que me había proporcionado aquellas horas majestuosas en la privilegiada sombra del vuelo. Mi marido despertó minutos después del aterrizaje.

Alberto esperaba impaciente a que salieran nuestras maletas en la banda transportadora cuando vi a lo lejos a mi compañero de viaje frente a la ventanilla del cambio de divisas. Aproveché para acercármele por la espalda al momento que el cajero le daba monedas y billetes. Quería expresarle mi gratitud por aquellas intensas e infinitas horas de placer que me había prodigado entre la oscuridad nocturna. El también me miró, hermético y contenido, sin traslucir emoción de ningún tipo.

Thanke you —le dije con la más amplia de mis sonrisas, satisfecha.

De nada, señora —me respondió inmutable en perfecto español y con marcado acento norteño—, el placer ha sido mío. Aquel hombre de pulcro aspecto oriental a quien debía tantos y tan magníficos orgasmos era tan mexicano como yo. Xicoténcatl Terreros Pérezluna, traductor del árabe y el hebreo, catedrático de griego y latín en una universidad chihahuense, rezaba la tarjeta de presentación que me dio junto con la pequeña lata envuelta en mi tanga todavía húmeda. De inmediato las guardé en mi bolso de mano.

Consérvela en memoria de este viaje —me dijo—, a usted yo la recordaré de hoy en adelante para siempre. Sorprendida y sin responderle o darle las gracias en nuestro idioma común, regresé rápidamente con Alberto que ya había recuperado el equipaje y el sentido del humor, y salimos del aeropuerto.

En el taxi camino al hotel, me sobrevino otro orgasmo, sin aviso previo, sin estímulo de ninguna especie. El ungüento seguía haciendo su efecto y abrí la ventana con el propósito meter el rostro entre las húmedas ráfagas del día, al tiempo que hacía esfuerzos para que no se notaran mis jadeos. Aspiré a bocanadas el viento del verano austral.

Luego de haberme bañado en el jacuzzi con abundante espuma y de recobrar nuevamente la frescura, y mientras Alberto entraba a tomar una ducha que le devolviera la plenitud de su conciencia, salí al balcón del cuarto del hotel para que el aire secara mi piel y llenara de yodo mis pulmones. Aún me palpitaban, abultados, los labios inferiores.

Ahí, frente al mar y a cielo abierto abrí el bolso y saqué la lata azul metálico de su envoltorio de satín y encaje. Para mi asombro, la pequeña lata era similar a la que yo llevaba en mi equipaje, dentro del maletín donde guardaba los bronceadores, el perfume, las cremas y un par de vibradores. Era la misma crema humectante que utilizo desde la adolescencia para quitarme el maquillaje que ocasionalmente aplico sobre mis pestañas y párpados. No tenía nada de mágica o de ancestral como supuse, o como mi imaginación desbordada me hizo creer, cuando la mano de mi hábil y sigiloso vecino de asiento me la aplicó para incendiarme larga y sostenidamente hasta el arrebato de mis sentidos.

No sabía si reír de mi fantástica ingenuidad o realmente tomar conciencia de que aquellos placeres sensacionales se debían a una simple

y sencilla crema limpiadora del cutis, y que la mano prodigiosa que me había transportado en un tumultuoso viaje hacia mis laberintos interiores era realmente poseedora de una sapiencia milenaria, una sabiduría acumulada por los siglos en los que los seres humanos hemos sido capaces de reconocernos en el deseo del otro y en la entrega sin ambages o acondicionamientos. Desnuda en la terraza de un hotel desconocido, de cara un océano luminoso que me abría sus íntimos secretos y me envolvía de brisa y alegría, solté una incontenible risotada. Me sentí feliz por aquel instante, más mágico aún que los que se desgranaron durante el viaje.

Desde el balcón adosado al de nuestra habitación escuché una voz agradable y cristalina—: Hola, ¿de qué ríes, qué te ha hecho tanta gracia? Quien me hacía la pregunta era Fabiola, la hermosa española, desnuda de la cintura para arriba, vestida únicamente con un pareo transparente anudado en la cadera y mostrando sus pechos espléndidos, coronados por dos grandes y sonrosados óvalos, al sol del mediodía. Tras ella, abrazándola cariñosa por los hombros, su pareja también desnuda y mojada como yo, me sonreía intrigada. Seguramente Fabiola ya le habría contado acerca de la ma-

nera en que ella y yo nos habíamos conocido durante el vuelo. Se llamaba Rubí y el cabello dorado le caía hasta la cintura sensual de su cuerpo brasileño. Ella oprimía sus senos tiernamente a la espalda brillante y aceitada de mi nueva amiga.

Me río de la vida y con la vida, por el placer de saberme llena de sorpresas y de energía —respondí acercándome a ellas para abrazarlas y besarlas por encima de la barandilla de poca altura que nos separaba—, y les di la lata que contenía la crema milagrosa. Tendríamos diez días para compartir aquel regalo que de mi mano, o de la mano feliz del azar o la fortuna, nos llegó del cielo.

Al unir la humedad de nuestras lenguas, súbitamente sentí ascender, vigoroso y expansivo, el suntuoso temblor de un nuevo orgasmo.

De cuerpo entero

Amo mi cuerpo cuando está con tu cuerpo
E. E. Cummings

Amo mi cuerpo cuando está con mi cuerpo
R. Citlali

Desnuda, recostada contra la cabecera de mi cama, contemplo el espejo de mi soledad mientras oigo avanzar uno tras otro los hermosos cuartetos de Beethoven. Entre almohadones bermellón y mullido azul marino, veo el cuerpo que soy, miro el cabello cubriéndome los hombros mojados por la luz de la mañana; observo la imagen en reposo de mi cuerpo; la extensión torneada de mis piernas, mi piel transpirando a goterones mi deseo. Por la ventana abierta, el calor seco y veraniego se filtra en susurros de la calle donde nadie transita el domingo en que te aguardo.

Penélope sin ropa y solitaria, tumbada sobre el indolente lecho, a la deriva espero a Ulises tejiendo las hondas nervaduras de mi anhelo. Imagino el peso de su cuerpo, la manera en que habrá de rodear mi cintura con sus bra-

zos, de aplastarme y de besarme; la forma en que lo haré mío por instantes que habrán de ser eternos, su arte de lamerme delicadamente y sin premura como quien limpia miel de las alas de una mariposa con su lengua nocturna y refinada.

Imagino su aliento y sus palabras cayendo al laberinto de mi oído, los latidos de su pecho, el enhiesto volumen de su miembro deslizándose entre mis manos, mis senos y mis labios ávidos y hambrientos; pienso en su irrupción hasta el final del grito que una vez más he de acallar en su manzana de Adán sin otro paraíso que mi cuerpo, sin más travesía que sus jadeos, sin otro horizonte que la tierra de fuego de mi sexo.

Me aproximo al borde de la cama y me siento en la orilla con las piernas cruzadas en posición de loto. En la luna del armario, luna llena de tiempo sorprendido, miro más de cerca mi cuerpo ofreciéndose al verano, mis pezones tirantes, mis ingles pegajosas y empapadas, mi boca predispuesta al sensual rompeolas de su verga, al resplandor negro del beso.

Contemplo la elástica dureza que habré de perder año con año, pero que hoy está firme y

entre llamas altivas, erizada; deslizo mis palmas por la curva de mi cuello, y de mis senos turgentes las conduzco al pliegue secreto de los muslos. Miro el vello que ennegrece mis axilas y el higo entrecerrado de mi sexo, más terso ahora y más hinchado. Nada turba esta imagen transparente: yo conmigo excitada, entregada al placer de acariciarme y de verme acariciarme.

Flexiono las rodillas a la altura de los pechos, me inclino hacia delante para ver este blando y jugoso misterio que palpita y que los dedos exponen a mi delectación y al tacto de un suave rayo de sol de la mañana. Minuciosa despego los labios prominentes y libres de toda sombra. Estoy mojada, cautiva de pasión y de deseos, ardiente a flor de piel con mi apetito. Admiro la humedad que se resbala hasta inundar el remolino del ano, y con mis yemas unto despacio mi lubricación en mi cintura, en mis senos y entre las nalgas.

Más despacio abro aún más la pulpa de mi sexo y descubro a la luminosidad como una gema que se agranda, el clítoris urgido y brillante para el roce de otro sexo o de una bífida lengua de serpiente. Perlada por el sudor, veo la enrojecida expresión de mi cara en el espe-

jo, al pie del lecho donde sábanas azules como el océano se amontonan y envuelven mis tobillos. Enderezo la espalda, separo al máximo las piernas e introduzco la punta del dedo del corazón. Suspiro y por dentro me endulzo y por fuera me electrizo hasta el quejido.

Soy este cuerpo que amo y ese cuerpo admirado en mi reflejo. Soy esa hembra cálida que mis manos recorren con vehemencia y ternura, este deseo que miro frente a frente y que fluyendo hacia sí misma desde la luna del armario me seduce y me contempla arrastrándome al fondo, muy al fondo del estanque turquesa del espejo.

Aspiro profundamente el aroma que sube como niebla o vapores del centro de mí, el fuerte olor a finas hierbas que enerva y libera mis sentidos e impregna estos compases de música de cámara y gemidos.

Podría gritar a grandes voces que amo este aroma a gruesa flor quemada, que adoro este sabor a mujer sumergida entre diamantes, a piedra que se arroja en las claras riberas de la tarde o la mañana que agita el resplandor de mis pestañas.

A solas con mi pensamiento y con mi cuerpo, estoy conmigo acercando los espacios que unen y separan mis ojos de los ojos que me miran de adentro del espejo. Y sin embargo también hay otras imágenes hendidas en mis muslos, restos de realidad o sueños diurnos que emergen por mi piel, murmullos y caricias que resuellan en las paredes internas de mi sexo, presencias convocadas por la magia caliente de mis dedos.

Toco mi suavidad, recorro el borde de mis dos profundas cavidades, me aprieto con fuerza las aureolas y, como en la línea de Kavafis, recuerdo aquí mi cuerpo como un fruto jadeante o como agua desbordada en la bella textura de otros cuerpos. Mi cuerpo, la lujosa memoria de mi cuerpo no se olvida de sus íntimos amores ni de aquel su temblor de almizcle y leche.

Como en un caleidoscopio de nítidos cristales y espejismos, vuelvo a ver los párpados de Claudita tras mi monte de Venus chupándome otra vez a los quince años; el torso de Miguel, su verga dura, la primera que sentí entrar en mi sexo y mi garganta; el pubis espeso y dorado por el fuego de Lorena quemándome de nuevo a campo abierto en Cuernavaca, los labios carnosos de Carmen y de Pedro hinchándome la vulva con la justa cadencia de sus besos, el

falo gigantesco y del grosor de mi muñeca de Mariano.

Me detengo en la imagen palpitante de Mariano, en sus tiernos e inútiles esfuerzos por entrar en mi culo sin dañarme para ofrecerme el placer transgresor que yo pedía. Veo mi ano apretado en el espejo y me parece imposible haberlo soportado en esa musgosa estrechez, de haberlo recibido totalmente hasta el vellocino de sus rizos luego de mucho tiempo de intentarlo, un domingo como éste, primero en cuatro patas, abriéndome yo misma con las manos a su embate. Después boca arriba, con una almohada debajo de mis caderas y con los pies relajados en sus hombros, sin lograrlo; hasta que más tarde, sentada encima de él, casi a horcajadas, fui resbalando y empujando poco a poco hasta insertarlo, hasta sentir el aceite frondoso y anhelante de su pelvis.

De ese modo conseguí que aquella inmensa verga, a merced de la paciente impaciencia de mis nalgas, me penetrara inmóvil por atrás triunfal y entera, dilatada con un fugaz dolor que se hizo aullido y goce, para invadir por completo el tórrido fondo de mi entraña hasta entonces intocada.

Ante este mismo espejo, en este lecho, me vine

una y otra vez anegada en luz, como flotando entre delirios, contemplándome y sintiéndome enculada, sudorosa y abierta como ahora me contemplo, mientras él estrujaba la fiebre de mis senos y mordía mis hombros, mis lóbulos, mi nuca y preguntaba, temeroso de lastimarme si, como él, yo estaba disfrutándolo.

Apretando mi espalda contra su pecho, enredando su rostro con mi pelo le respondía que sí con susurros guturales que apenas me salían, y a la vez yo me acariciaba la vulva con ambas manos o le daba a beber la miel que escurría de mis dedos temblorosos. Los dos reímos satisfechos al completar felizmente aquella hazaña sin sacar la magnífica enormidad que ahí permaneció albergada, sabrosa y palpitante varias horas, a lo largo de los estruendosos e incontables orgasmos que supo prodigarme y de los que mi amiga Paola fue cómplice asombrada y fue testigo.

Más a fondo introduzco mi dedo extasiada en la intensa memoria de Mariano, en el recuerdo de sus caricias y de su ronco gemir aferrado con firmeza a mis caderas, en su olor a madera de roble y a limones, en la abultada y extensa largura de su miembro, en el sabor a durazno de su líquido blanco y abundante.

Rememoro también a la dulce Paola y su tez agitanada, a su cuerpo de bailarina tenaz entre mis brazos, a su pubis hirsuto y resbaloso, a su fina entrepierna restregándose ansiosa con la mía, chapoteando las dos, chorreando a mares apretujadas en medio de la tarde o la fatigada noche, mamándonos fogosas con las piernas en alto y pisando las estrellas o aplanando mis senos en el bronce moldeado de los suyos, lamiéndonos al fin como locas magníficas hasta quedar las dos exhaustas en los muslos inquietos de Mariano

Cierro mis ojos y sostengo la visión fragmentaria de mi cuerpo en otros cuerpos desechos en sílabas de fuego. Y sé bien que en el espejo, al borde y enfrente de la cama, mi propia imagen continúa su tránsito por las aguas humeantes del recuerdo haciéndose el amor consigo misma, tocándose por dentro sus mínimos silencios. Percibo los latidos de mi vulva, palpo la cristalina lubricación como si me hubiese transformado en ancho río de lava que brota a borbotones de la cúspide de un cráter muy antiguo y reciente al mismo tiempo.

Intuyo que el reflejo de mi cuerpo se está meciendo febril en su propio deseo, y que al igual que yo mantiene los ojos cerrados y se deleita

en el roce apresurado de los dedos sin querer deshacerse de lleno en el orgasmo. Aunque tal vez en el espejo mis ojos aún estén abiertos y desde ahí yo traspase hacia este lado e hincada en el borde de la cama me observe cada vez más abierta, hundiéndome otro dedo y otro más, presionando con la palma donde habla otro eréctil lenguaje mi deseo.

Mi boca entreabierta absorbe y exhala el calor del verano más de prisa, con el corazón desatado golpeándome las mejillas hirvientes, las sienes y los labios que mis dientes mordisquean asiéndose a la vida, celebrando la playa que es mi piel, mi puerto franco.

Soy este cuerpo desdoblándose aquí frente a la luna del espejo, en esta soledad acompañada donde me miro y no me miras arder este domingo, como si fuera un día cualquiera, abierta a la cerrada intemperie de mi cuarto. Penélope desnuda y envuelta en la música de Beethoven, aguardo a que tú llegues, y acorde tras acorde abierta voy bordando y destejiendo los hilos del deseo para hacerte gemir en cada beso, para oírme jadear contra este lecho, para engullir hasta el fondo de mí nuestro naufragio.

Para que afuera tu navegues, el mundo se hará líquido en mi sexo y esta habitación que ahora habitan mis últimos fantasmas será un sólido cuerpo en tu reflejo. Tal vez no me haces falta, lo sé, tal vez no vengas, pero te espero radiante aquí conmigo como el agua de julio en pie de guerra.

Figuras recortadas contra el alba

Ah, mi amiga, que tú no quieras creer
las preguntas de esa estrella recién cortada,
que va mojando sus puntas en otra estrella enemiga.

Lezama.

1

Abrí los ojos y por unos breves instantes no tuve conciencia del sitio dónde me encontraba. Todo eran imágenes ambiguas e incompletas. La confusa luminosidad parecía señalarme que afuera, entre la lluvia y agosto, amanecía. Dentro, en una habitación desconocida yo estaba despertando abrazada a un cuerpo, y mi mano sostenía la ajena placidez de un seno tibio. Una piel húmeda me deslizaba con suavidad a la vigilia.

Tenía mis muslos enlazados a los de la mujer que respiraba pausadamente, desnuda contra el sueño y en paz consigo. Carmen. Era Carmen. Aquel era su aroma y ese su cuarto, al que llegué ayer por la tarde después de un vuelo de varias horas. Le avisé que estaría en su

ciudad, en una convención que prometía ser mortalmente aburrida, como todas, que me gustaría volver a verla, y quedarme en su departamento una semana.

En el aeropuerto ella se distinguía entre la multitud que aguardaba con impaciencia la llegada de los viajeros. Vestida impecable con un pantalón de piel color agapanto y una blusa blanca también ajustada, y con el cabello a la altura de las perlas del cuello, su figura era resplandeciente. Después de tantos años continuaba siendo un primor. Sus ojos brillaban, y como siempre, las lágrimas de su alegría los ensalzaban.

En el auto nos besamos mientras nuestras manos buscaban ansiosas la suavidad más allá de las hebillas, las cremalleras y el encaje. Yo tenía un par de kilos extra, pero ella se mantenía en su mismo peso. Carmen aún era magnética al hablar, y seductora. El timbre de su voz había adquirido una sensualidad distinta; sus palabras y ademanes, ahora más mesurados aunque inquietos y vivaces, evocaban el afecto que en nosotras perduraba.

Cenamos e hicimos el amor en la terraza, bajo las burbujas de la tina de baño y en la cama en-

tre corolas, con nueva pasión y desenfreno. Por los viejos tiempos, nos dijimos, como si nada en realidad hubiese cambiado y todavía fuéramos las mismas que gustaban de escandalizar a los amigos y a los íntimos desconocidos, metiéndose mano bajo las blusas y las faldas en cualquier borrachera de la facultad. Teníamos el color de las manzanas y un lazo de walkirias en el sexo. Los dorados ochenta, pese a todo, llevarán en su piel nuestra mordida, era nuestro vital y pretencioso lema de batalla.

Quién iba a pensar entonces que iríamos a volvernos tan formales y sobre todo, tan distantes; quien nos hubiera profetizado que la vida se encargaría de encauzarnos por senderos divergentes, y que al paso evaporado de los años nos reencontraríamos para moldearnos en nombre de aquellos hermosos sobrecogimientos que, para nuestro recíproco deleite, las dos nos inventamos en otra ciudad, en otra edad y en otro tiempo.

Quién diría, cuál de nosotras hubiese dicho o vislumbrado que cuando volviésemos a estar juntas nuestros cuerpos iban a abrir, como si nada, sus cálidas esclusas para dar rienda suelta a sus deseos en la vorágine de las lenguas y los labios, de los brazos y los dedos, y

que ambas responderíamos de aquella misma forma al tacto y al embate.

Entre los suaves pliegues de la frazada y varios pétalos, podía distinguir su nuca y la parte posterior de un hombro, y en el hombro el tatuaje de una estrella. Años atrás, cuando no estaban de moda los tatuajes en los cuerpos femeninos, la había acompañado a que se lo hiciera. Fue un día antes de que se fuese a Londres a terminar su doctorado y, con él, su primera juventud. Aquella marca puso punto final a nuestra convivencia, y brillaba espejeante después de más de una década, como un rastro difuso de memoria.

En doce años cruzamos algunas cartas, nos enviamos mensajes más bien fríos, y salvo algunos encuentros fortuitos prácticamente no volvimos a vernos, ni lo intentamos. Hace algunas navidades coincidimos en Guadalajara, en casa de unos amigos comunes; yo entonces tenía como pareja a la intransigente María José, quien en el nombre llevaba su doble penitencia. Las dos se aborrecieron en cuanto cada cual se enteró de quién era la otra.

De Carmen supe entonces que había concluido sus estudios post doctorales con las máximas

calificaciones y con honores, que tenía un muy buen trabajo, que estaba llena de ambiciones y proyectos. Que había vivido con varias chicas, que se había enamorado y que incluso llegó a casarse con Pedro, a quien yo le había presentado en una fiesta, muy al principio de nuestra relación, cuando ambas vivíamos en el piso de Reforma.

Antes de Carmen, él había sido mi amante y algunas veces, no tantas como lo hubiéramos querido, los tres juntos nos corrimos unas juergas memorables. Pedro tenía el don de aparecer en nuestras vidas de forma imprevista; Pedro, nuestro grato confidente y fotógrafo, nuestro objeto sexual, el que reforzaba la agitada pasión entre nosotras. Con certeza era él quien me había sacado del sueño; si no, a quién tenía abrazándome tan dulce y cariñoso por la espalda, hurgando entre mis muslos el calor de la nostalgia.

Semi despierta doblé y subí mi pierna a la dulce cadera de mi amiga, y oprimí con delicadeza la punta de sus pechos; la dura verga entró deliciosa y por completo, y empecé a menearme, rezumante y jadeando a la primera como antaño, como hacía pocas horas me moví sobre y debajo de mi querida Carmen en la hamaca,

en el jacuzzi, entre acuarelas de pétalos y lino. Lenta, la claridad se pobló de sólidos fantasmas, y mordí aquel hombro del alba entre temblores. Al derramarme, también lo humedecieron mis lágrimas de júbilo.

Estábamos ahí ciñéndonos la nueva madrugada sin paisaje. El deseo o el tiempo quizá, tal vez el destino que jamás para nosotras fue importante, nos fundió en el abrazo, abriéndonos la piel del corazón desde el pasado, con la misma calidez que yo me abría contra el cuerpo de ella y del que me empujaba de atrás hacia el delirio. Carmen —le susurré pegándome a su cuello— seguimos siendo las hermosas walkirias. Ella buscó mi sonrisa con su lengua y apretó a sus nalgas el hueco fulgente de mi pelvis.

Ondulamos los tres como solíamos hacerlo, despacio y rápido, poco a poco, en lentos intervalos, saboreando cada pausa, volumen y cadencia, variando de postura y dejándonos tan sólo el trecho necesario para que cada cuerpo pudiera expandir con espontánea libertad su regocijo.

Los tres intentamos regresar al sueño con la albada, trenzados brazos y piernas, tenue vellosidad a su abandono. Mientras la lluvia persistía sobre los cristales de agosto, en mis la-

bios la estrella en duerme vela iba borrándose, abriéndose hacia adentro, remojada.

2

Se ha soltado la lluvia con más fuerza. Es frágil y silenciosa, como el amanecer que asciende sobre el valle y que desde mi cama se contempla. La brisa agita las cortinas y palpa mi piel con su blandura. A pesar de la fatiga, casi no he dormido. He permanecido toda la noche despierta, escuchando a Rowena describirme las grandes pasiones de su vida, evocando nuestro pasado en común, reconociendo su sabor a cerezas y nuez de la India, encendiéndonos en la hamaca de la terraza, luego en la tina y finalmente en la habitación.

Por los incontables orgasmos que nos hemos prodigado a manos llenas, por la sensación de estar otra vez juntas, aún estoy excitada. Debería sucederme lo contrario, pero no he conseguido conciliar el sueño como ella, que dormita abrazada a mi. Cuando me telefoneó para decirme que iba a venir y que si podía pasar una semana conmigo no dudé en decirle que sí. También yo tenía muchas ganas de verla. A fin de cuentas, éramos amigas y nos unen

los mismos sentimientos, si bien en todos estos años, por un tácito acuerdo entre nosotras, no hubiésemos procurado volver a reunirnos.

Desde que recibí su llamada arreglé pendientes en la agenda para dedicarle cada minuto de esta semana. Además, me hice un nuevo corte de pelo y me he comprado algunas prendas. También recorté el vello del pubis, dándole forma de plumita de paloma. Y me afeité los labios, que lucen sedosos como a ella le gustaba.

Para nuestra primera cena le preparé ensalada de berros con albahaca y piñones, filetes de huachinango en salsa de arándanos y cacahuate, postre de higos y un par de botellas de Barolo. También tapicé el lecho de agua con docenas de pétalos de rosas amarillas, sus preferidas.

Rowena sigue igual, mejor que cuando la vi la última vez. Los años la han embellecido más y su cuerpo mantiene su elástica flexibilidad. Su energía sigue siendo expansiva y contagiosa, le sale por los poros, la irradia por la mirada. En la superficie, su apariencia apenas ha cambiado. Los espejuelos de carey, su atuendo de exitosa ejecutiva y las pequeñas arrugas en los ojos le han conferido un aire de coqueta y fresca madurez.

Me emociona su presencia y se lo dije entre beso y beso al salir del aeropuerto. No sabe cuánto la he echado de menos. Cuando nos separamos puse un mar de distancia entre las dos, pero no dejé de buscarla en las mujeres con las que viví, ni conseguí olvidarla.

La fotografía en la que estamos en la playa de Puerto Angel ha permanecido en mi mesa de noche desde entonces, y quienes la han visto se han admirado de su espléndida desnudez apiñonada. Ahí aparecemos llevando tan sólo bronceador y gafas oscuras, sobre una toalla turquesa, tomadas de la mano.

Con cierta frecuencia ojeo el álbum de nuestras fotos (muchas de las cuales nos tomó Pedro, por quien no me ha preguntado), y el abultado cuaderno lúdico al que denominábamos "Que el karma sufra por las walkirias". En él anotamos y describimos al detalle las mejores posiciones en que hacíamos el amor, y a las que dimos título y calificación según la intensidad de placer que nos producían.

Cuando nos despedimos, hace doce años, quiso que me quedara con el álbum y el cuaderno, y los metió en mi maleta. En la tapa de éste último trazó con su fina caligrafía las líneas un

poema que escuchamos en el primer recital al que acudimos juntas: “Ah, que tú te escapes en el instante/ en el que ya habías alcanzado tu definición mejor”. No deja de conmoverme cada vez que lo leo. Ella debe saber que los conservo como un tesoro.

Sabe también que conservo, y no podría ser de otro modo, el tatuaje de la estrellita, mi citlali del alba. Me lo hice no únicamente para marcar el fin de una etapa, sino para recordarla siempre, para llevarla bajo la epidermis como su huella en tinta vegetal. Fue lo último que al irme vio de mí, y lo primero que anoche contempló cuando nos desvestíamos. Lo mordisqueó, y por un momento ambas tuvimos sensaciones fugaces y encontradas, pero no hicimos al respecto ningún comentario.

Nos dedicamos a besarnos, abrazarnos y acariciarnos, recreando la liviandad y la temperatura de los cuerpos, frotándonos los montes anhelados, absorbiéndonos dedos, vulvas, labios, aureolas y pezones, cambiando de postura continuamente, procurando prolongar la excitación y el goce como sólo nosotras sabíamos y sabemos hacerlo.

Nos acostamos a dormir como antes, como cu-

charitas acopladas, y ella cayó rendida. Hacia las cinco llegó Pedro y me dio un beso. Él también estaba muy excitado. Me preguntó cómo la habíamos pasado y charlamos en voz baja, para no despertarla. Comentó que yo lucía radiante, que mi rostro denotaba una felicidad que hacía mucho no me veía. Lo invité a acostarse con nosotras, con Rowena, le dije y deslizándose en la cama, sin apenas hacer ruido, se acomodó detrás de su espalda.

Desde ahí acarició por largo tiempo mi clítoris inflamado y luego penetró lentamente a nuestra amiga. Sin despertar del todo ella se apretó más a mi cuerpo, pellizcándome un pezón y admitiendo su dureza con un hondo gemido, al tiempo que pasaba una pierna sobre mí, envolviéndome, llamándome walkiria.

Más cerca del orgasmo, me puse boca arriba y subí las piernas para que Rowena clavara entre mis muslos empapados sus caderas mientras él nos dejaba ir su peso encima. Recordé, no se por qué, que a esa posición la llamábamos "Los tulipanes". Se salía de ella sólo para metérmela y regresar después al fondo de los pliegues jugosos de Rowena, quien al igual que yo gemía y junto a Pedro me aplastaba contra los almohadones revestidos de flores, me mor-

día el cuello, los lóbulos y los ardorosos labios.

Con los párpados apenas entreabiertos, yo admiraba y besaba con pasión a los seres a quienes más he querido y deseado, sintiéndolos sobre mí, cogiéndome y cogiéndose, y mi alegría era inmensa. Bajo el rítmico vaivén de Pedro, nos venimos las dos, dando de gritos, explosivas, varias veces.

Pedro se derramó resollando a borbotones en mi boca cuando ella le acariciaba el culo con la exquisita punta de su lengua. Tengo el sabor espeso de ambos mezclado con el mío. Él ya casi se ha dormido. A la vez que rodeo sus huevos con la mano, su verga sigue dentro de mis labios.

Mi amiga continúa aún semi despierta, besándome el hombro donde tengo la estrella, como si quisiera hacerla desaparecer o abrillantar con su saliva.

3

Carmen y Rowena. Rowena y Carmen. Las dos dormidas, estrechadas de nuevo las walkirias. La imagen es conmovedora y me retrotrae a

una época gloriosa. Rowena abierta a la deriva de un verano sobre la colcha tamarindo, en cuatro patas. Rowena hablándome de la Sontang o de Visconti, de Camus, de Kundera o de Kandisnky. Rowena acariciándose, caliente, sentada olorosa bahía sobre mi boca. Rowena mamándome hasta ahogarse de pelos y suspiros. Su culo y su pubis depilado eran una fiesta, y ella lo sabía muy bien. Yo le decía que era mujer de sonrisa franca y se reía, dándome la vulva para que se la afeitara o le lubricara su clítoris pulposo con las gotas que resbalaban por la cabeza de mi verga.

Duramos poco y no atinamos a mantener aquella relación en armonía. En buena medida, a causa de la pelirroja (Amarilis se llamaba, creo y era guapísima) con la que tuvo un largo romance y por cuya compañía terminó por decidirse y definirse, dejándome en el puro mármol de los adioses. Si mal no recuerdo, esas fueron sus palabras finales que sacó de un poema y que sin embargo fueron preámbulo de otro tipo de proximidad.

Esporádicamente seguimos frecuentándonos para ir al cine o al teatro, o a alguna celebración. Fue en una de aquellas bacanales tumultuosas donde me presentó a Carmen, su pare-

ja de esa época, mi esposa, la mujer con la que ella vivió mas tiempo. Estaban en la universidad y se amaron por años, hasta que tuvieron que seguir direcciones opuestas. Carmen continuó sus estudios fuera del país y Rowena comenzó a trabajar en un despacho.

Los tres salimos juntos en varias oportunidades y casi siempre terminábamos en la cama. Ahí gracias a ellas y a sus juegos, aprendí una enciclopedia práctica acerca del placer, acompañándolas y sumándome a la manera espectacular con la que se hacían el amor y en la que me incluían, para mi deleite y fortuna. Llegamos a vacionar juntos, y en esos años además les hice muchas fotos, vestidas y desnudas. Las mejores eran cuando estaban acariciándose una encima de otra en un 69 prodigioso. Había un close up de una lengua y un clítoris en la que nunca pudimos descifrar a cual pertenecía cada parte.

Llegué a enamorarme de las dos, y mi afecto era tan enorme como profundo mi deseo de estar con ambas. Una de las razones por las cuales no seguí con ellas, la más poderosa, fue que no quise perturbar el equilibrio que entre las dos establecieron, aunque me abrieron sin reparos la puerta de su amistad, de su compañía y de

sus cuerpos. La otra causa era que Carmen y Rowena me gustaban por igual intensamente.

Eran tan distintas y tan parecidas a la vez: Rowena, de senos breves de aureolas ovaladas, morena cimbreante y cáustica, desinhibida hasta la exasperación. Carmen, blanca y trigueña, pragmática de hablar atropellado, erectos pechos amplios y nalgas respingadas. Juntas o por separado, desprendían una sensualidad felina; hacían gala de un ingenio demoledor y una sensibilidad sin paralelos. En singular o plural ambas eran adorables.

Volví a encontrarme con la bella Carmen hace algunos años. Se mudó a vivir conmigo y al poco tiempo decidimos casarnos. Hemos sido felices. A veces rememoramos las ocasiones en que yo, como invitado, hice el amor con ella y con Rowena, a la que ninguno de los dos ha pretendido olvidar. Cuando incluimos a alguna otra amiga en nuestra intimidad, siempre al final ambos hacemos la inevitable comparación con la walkiria.

Al llegar las dos a casa las vi desde mi estudio de trabajo y apagué la lámpara. Rowena está hermosa. Mi primer impulso fue correr a abrazarlas, levantarlas en vilo. Pero tal y como

acordamos Carmen y yo, no interrumpiría su primer encuentro, y me contuve.

Las estuve oyendo charlar animadamente cuando cenaban, poniéndose al día de sus respectivas existencias, y luego pude oírlas gemir durante horas. Oí cada uno de sus gritos y sus risas, sentí en carne propia cada uno de sus orgasmos, tan distintos a los que Carmen ha gozado conmigo o con alguna mujer que no fuese Rowena, tan llenos de electricidad y de ternura. Las walkirias, años después, con la misma entrega total, me hicieron eyacular sin siquiera tocarme, tan sólo de escucharlas vaciarse una en la otra entre gemidos.

Entré al cuarto cuando se hicieron el silencio y la lluvia. La imagen de las dos, acurrucadas contra el alba, era las más plena que yo hubiera contemplado. Más plena que las que de ellas guardaba con celo mi memoria. El aire olía a rumor de flores y a hembra satisfecha. Ya tenía el miembro erecto cuando me aproximé a Carmen. Su hermoso rostro amado destilaba alegría y euforia. Hablamos quedamente por unos minutos. Al besar su boca paladeé también el delicado sabor de nuestra Rowena, y me acosté atrás de la amiga tan querida. Metí una mano entre sus nalgas y di masaje a su culo con mis

yemas, sosteniendo la punta de la verga entre sus labios; con la otra acaricié suavemente el terso y pegajoso pubis de Carmen. Sin voltear a mirarme Rowena alzó una pierna.

Mi verga entró con un fuerte chasquido, y empezó a latir al límite de su calor apretado y jugoso.

Más tarde Carmen se puso boca arriba y Rowena se subió entre sus piernas, acariciando las desnudas aberturas. Hincado, me coloqué encima y tras de Rowena. Los pies de Carmen flotaban oscilando sobre sus finos hombros, y en esa postura pude penetrar a una y a otra, escurrir en la profundidad atrayente de sus sexos y acariciarlas, besarlas y lamerlas. Los tres ardíamos como flamas de un mismo candelabro. Las dos se vinieron temblando repetidas veces, restregándose ansiosas clítoris y senos.

Luego me dedicaron la enroscada sapiencia de sus lenguas, hasta hacerme derramar hasta la última gota. Carmen sigue chúpándome, amorosa, tratando de dormirse.

En la terraza, la lluvia inventa sonoras estrellas contra el mármol. Y se extienden y definen encima del agua suntuosa, discursivas.

Cita con mi amante

Toqué a la puerta de la habitación. Desde que me subí en el ascensor y recorrí el largo pasillo, mis rodillas temblaban y mi corazón palpitaba aceleradamente en una mezcla de nerviosismo y deseo. Semana y media atrás, cuando nos reencontramos en el vestíbulo de un cine al que finalmente no entramos habíamos quedados de vernos esa misma tarde, a esa hora, en ese hotel de Polanco.

Aquel día charlamos a la puerta de la sala de cine, evocando el tiempo de nuestra pasión compartida en los años universitarios, cuando hacíamos el amor a cualquier hora, en toda posición imaginable y en cualquier lugar.

Afuera del cine, bajo una llovizna dulce nos separamos con un largo beso y con la promesa de reencontrarnos en ese hotel lujoso, que era el mismo en el que por primera vez nos acostamos juntos, anhelantes y hambrientos de saborear nuestros cuerpos juveniles e incansables.

Entonces no salimos durante todo el fin de se-

mana maravilloso en el que únicamente parábamos de amarnos para comer o dormitar durante unas horas.

Volveríamos a hacer el amor, nos prometimos, como en aquel lejano pasado pero con la experiencia del tiempo en que no habíamos vuelto a saber uno del otro. Y no habría reclamos ni preguntas, no daríamos cabida al estéril renacimiento del dolor por aquello que nos habíamos perdido a lo largo de muchos años de ausencia.

Volví a tocar a la puerta, me alisé la falda corta y ajustada, acomodé las medias, y sentí la hinchazón húmeda de mis labios abultando mi tanga.

¿Cómo sería ahora, al cabo de tantos veranos? ¿Me asaltaría después la culpa por la infidelidad que estaba a punto de cometer? ¿Sabría su sexo como entonces, conservaría aquella adorable y adictiva combinación de almendras dulces y saladas que bebí con gula cientos de veces sin saciar mi sed del todo, atragantándome de puro placer con su firmeza?

¿Me pediría otra vez que me desnudara con lentitud ante sus ojos de fuego negro, que me

acariciara el sexo y le diera luego de mis dedos, como entonces, a paladear el almíbar que ya en ese momento encendía mis labios hasta volverlos una brasa?

Mis pezones endurecidos marcaban en la blusa de seda negra la evidencia de mi anhelo, y un ligero estremecimiento me hizo recobrar la conciencia de que no llevaba sostén que contuviera la libre opulencia de mis senos.

El calor enrojecía mis mejillas desde que me duché sin impedir el impulso de masturbarme bajo el chorro de agua, de acariciar mi clítoris para atenuar el fuerte deseo que subía por mi pecho al evocarlo tendido boca arriba mientras lo cabalgaba salvajemente, mirando sus ojos profundos, abrazando con mi sexo el grosor de su verga magnífica, acoplándome a su forma de penetrarme a fondo, de chuparme y devorarme hasta el enloquecimiento, hasta alcanzar el grito de mi delirio.

Estaba decidida a darle también el delicado regalo de mi culo que él idolatraba, que él sabía lamer y degustar como los dioses abriéndome las nalgas para irrumpir en su apretada estrechez con suavidad milimétrica y hacerme estallar de ansiedad y de lujuria.

Estaba también dispuesta a lamer el suyo, como antes, enredando en mi lengua sus rizos antes de metérsela en la tersa y frutal rugosidad de su culo.

Estaba resuelta a complacerlo y sobre todo a dejarme complacer, a abandonarme sin miramientos en sus brazos, a pedirle abiertamente que me hiciera gozar como sólo él había sido capaz de hacerlo, empalándome con fiera sensualidad, abriéndome las piernas para colocar sobre sus hombros mis tobillos o tomándome desde atrás, de pie, junto a algún muro que sostuviese las manos y contuviera el rítmico embate de nuestras caderas.

Estaba excitada como hacía años no lo estaba, la calentura había crecido conforme pasaban los días del reencuentro y se había incrementado desde la noche anterior. No se había calmado después del par de ocasiones que había hecho el amor con Carlos, mi esposo desde hacía veinte años de costumbre y rutina.

La puerta de la habitación se abrió después de un minuto que me pareció una eternidad. Las cortinas estaban corridas y la semipenumbra envolvió mis aceleradas palpitaciones.

Avancé hacia la cama sin mirar tras de mi. Sobre la sábana estaba aquel vibrador plateado que los dos compramos en un viaje a Nueva York, junto a una pañoleta. En la mesa de noche, alcancé a distinguir una botella de vino tinto y dos copas. La visión, la memoria y la expectativa de aquello me arrancó un hondo suspiro.

Desnúdate muy despacio, me dijo desde atrás, sin acercarse.

Su voz era dulce y firme, como entonces. A la orilla de la cama me descalcé, me desabotoné la blusa y bajé muy despacio la cremallera de la falda. Ambas prendas se deslizaron sobre la alfombra mullida. Encima de ellas dejé caer la tanga, a esas alturas ya empapada. El aroma de mi sexo inundó la atmósfera velada.

Acuéstate, volvió a hablar.

Y lo hice con suavidad, gateé hasta llegar a la almohada y me recosté sobre la espalda, dispuesta a todo lo que nuestra pasión nos exigiera.

Toma el pañuelo y véndate los ojos, dijo con mayor firmeza.

Hice lo que me indicaba y volví a mi sitio. La oscuridad era total y plena, como mi excitación, como el color de mi pubis, como el túnel de mi deseo.

Después de unos minutos de un silencio interrumpido solamente por el sonido de nuestra respiración entrecortada y por el rápido latido de mi corazón, dijo: estás mojada. La frase era más una afirmación que una pregunta.

Y sí, lo estaba, lo comprobé al hundir un dedo en mi sexo anegado de espesa dulzura. Comencé a acariciarme sabiéndome cubierta por el calor de su mirada y separé aún más las piernas, despacio, erizada y jadeando desde el primer minuto.

Métete otro, dijo, y uno más en el culo.

Obedecí, complacida y complaciente mientras mi ardor iba en aumento. Mis caderas ondulaban para recibir entre mis muslos mis dedos cada vez más resbalosos.

Lo sentí aproximarse mientras yo me acariciaba, e hincarse sobre la cama, a un lado de mi cabeza.

Volví el rostro a ciegas para recibirlo en la boca y comencé a chupar con lenta avidez la cabeza sedosa del miembro duro y grueso que ofrecía a mi labios aquel amante extraordinario que era Carlos antes de que se hubiera convertido en mi marido, y que por esa tarde, y quizá desde aquel momento en adelante, volvería a serlo.

Y lo envolví entero con la boca, con la lengua, con el alma en celo.

La pareja tras el muro

De pronto cesaron los suspiros, los gemidos de placer, las palabras de dulce obscenidad, los gritos que traspasaban la pared que separaba mi habitación en penumbras de la habitación contigua; un muro que a la vez unía cómplice a las dos alcobas nocturnas. Y súbitamente se hizo el silencio pero no la paz en mis oídos que durante horas y desde la almohada habían seguido a paso lento la nitidez de cada jadeo, de cada golpe de los cuerpos, de los murmullos, y de las risas de la pareja que al lado había gozado la compartida delicia de su total entrega.

Durante aquellas horas había sido una indiscreta, una invitada a ser la vouyer de los sonidos de los dos cuerpos que no veía, que solamente estuve escuchando e imaginaba en las posiciones cambiantes que su pasión exigía para que la verga de él entrara muy a fondo, para que su coño recibiera los más duros embates, para que las lenguas se entrelazaran en bocas, culos, sexos, nalgas, muslos ofrendados al misterio del placer.

Se había hecho la calma al otro lado del muro,

pero no en mi cuerpo sudoroso y desnudo, ni en mis rodillas abiertas en la sábana, ni en mis pezones encendidos y mucho menos en mi coño empapado que acaricié febril a lo largo de toda aquella sesión amorosa que se habían regalado, obsequiándomela, mis vecinos de cuarto. Mi sexo aún palpitaba alrededor de dos de mis dedos que continuaban introducidos muy dentro después de que me alcanzara el vértigo de tres maravillosos orgasmos.

Escuché luego cómo uno de mis vecinos se levantaba de la cama y abría la ducha, y después la voz de su pareja al meterse también bajo el chorro de agua. Yo estaba extremadamente caliente y expectante sobre la enorme cama, rodeada por la oscuridad de la noche, envuelta por el resplandor de mi piel húmeda y del aroma de mi propio sexo abierto y enardecido.

Del otro lado de la pared se volvió a hacer el silencio entrecortado por algunas frases ininteligibles. Unos murmullos finales precedieron el abrirse y cerrarse de la puerta del cuarto de al lado.

Segundos más tarde se abrió la de mi habitación, y entró Carlos con el cabello húmedo. Se acostó a mi izquierda y me acarició una meji-

lla al tiempo que me preguntaba, en voz baja: —¿nos escuchaste todo el tiempo?¿te gustó oírnos? No le respondí, lo besé ansiosa y excitada, lo abracé con fuerza, aspirando en su piel el aroma cálido de su virilidad mezclado con el del sexo del que minutos antes él había abrevado. Y añadió: —Amarilis es todo un portento, es una amante excepcional, como bien me lo habías advertido. Y me la mamó como una diosa hasta beberme por completo. Sólo le sonreí, satisfecha de sentir su alegría

Por encima del hombro de Carlos alcancé a ver la sonrisa recién llegada de mi amiga, su cabello pelirrojo y revuelto sobre la frente y sus hombros, sus senos pesados y desnudos cubiertos por algunas gotas del agua de la ducha. Ella no dijo ni media palabra mientras me contemplaba abrazada a Carlos. Se hincó al borde de la cama y con suavidad comenzó a lamerme el sexo, y a devorar el almíbar espeso de entre mis piernas. Exhaló un jadeo suave e introduje aún más mi lengua en la boca tersa y mojada de mi marido que aferraba también la cabellera de mi amiga para presionar su hermoso rostro contra mi clítoris hinchado.

Levanté las rodillas y la boca de Amarilis se hundió entera entre mis labios y su lengua co-

menzó a moverse lentamente en la acelerada palpitación de mi coño. Gemí en una primera oleada de calor que me subió hasta la garganta. Mis manos, como tantas veces, alcanzaron la opulencia de sus senos. No había prisa. Apenas era viernes por la noche y a los tres nos quedaba todo el fin de semana por delante.

En silencio nuestros cuerpos abiertos

La boca de Julián olía a menta, a tabaco negro, a vino tinto. La suya era una boca carnosa y plena que cubría la mía por entero al tiempo que su lengua se deslizaba por la mía como un pez de fuego. Mordí sus labios con suavidad sin impedir que de entre los míos se deslizaran los gemidos que preludiaban un orgasmo tan explosivo como los anteriores.

Julián abrazaba con dulce firmeza mis caderas sin despegar sus labios de los míos, y sus ojos abiertos eran el espejo de mi placer desbordado. Me aferré de su torso sudoroso y con una mano apreté su nuca, acaricié sus cabellos negros. Oprimió mis nalgas aún más, abriéndolas al deleite de la polla de Antonio que permanecía inmóvil y palpitante hasta muy adentro del lubricado calor ondulante de mi culo. Las manos de Antonio, su suavidad extrema abarcaba mis senos, sosteniéndose de ellos mientras su aliento agitado golpeaba mi oído y mi cuello transpirado.

Julián separó su rostro del mío para contemplarme y contemplarse clavado en mi coño,

sintiendo mis apretones involuntarios alrededor de la gruesa largura de su miembro también clavado al fondo, quieto, succionado entre mis muslos abiertos al borde de la cama en la que me encontraba sentada cabalgando a Antonio muy despacio. Ninguno de los tres hablábamos, ninguno quería romper esa magia silenciosa de los cuerpos acoplados que yo recibía gozosa desde las primeras horas de la tarde, al terminar de comer, de charlar acerca de nuestras fantasías, de los amantes que cada cual había tenido, de las diversas formas de entregar y de recibir placer.

Me sentía llena y dichosa, y así me contemplaba en el espejo de piso a techo que reflejaba la imagen de mi carnalidad, la plenitud de mi cuerpo en su abandono. Eché hacia atrás la cabeza y mi cabellera cubrió el rostro de Antonio que jadeaba en mi oído mientras invadía la hospitalidad generosa de mi culo. Sentía las dos pollas latir en mi interior con la tierna violencia del deseo. Flexionando más las piernas bien abiertas, subí los pies a los hombros de Julián, extendí un brazo y atraje hacia mi boca la deliciosa y húmeda verga de Carlos, y empecé a mamarla. Deslicé mi lengua por la roja cabeza que apenas cabía entre mis labios, comencé a paladear su miel cristalina, a apretar

su base y los huevos llenos, suaves y pesados.

Antonio soltó mis senos y se recostó entero sobre la cama sin salir de mi, para que Amarilis se colocara en cuclillas sobre su rostro y fuera entonces ella la que besara mi nuca oprimiendo la opulencia de sus pezones erectos contra mi espalda, deslizando sus manos por mi cintura, por mis senos, por mi clítoris, por la pasión de mis labios hinchados.

Julián me contemplaba, arrobado y sin decir media palabra. Nadie hablaba. Solamente los jadeos de los cinco, los gemidos incontrolados, un terso monosílabo de alguno de nosotros llenaban el aire denso; sólo las tres vergas temblaban, se abrían paso entre mis repliegues empapados. Así comencé a correrme intensa y largamente en la prodigiosa extensión de los tres hombres que me brindaban placer resbalándose en mí, llenándome mientras Amarilis se contoneaba ofrendando su sexo pelirrojo a la lengua de Antonio, cuya dureza iba en aumento al igual que la de Carlos en el hambre de mi boca.

Fue mi grito ensordecido por la polla de Carlos el que rompió el silencio que se había prolongado durante no sé cuánto tiempo. Siguió

el hondo y sorpresivo gemido de Amarilis en cuyos pechos me recosté arqueando la espalda por instinto para que la polla de Julián me entrara más profundamente. Cerré los ojos y empuje con lentitud hacia arriba y hacia abajo las caderas. La verga de Antonio pulsaba poderosamente.

En mi interior la leche de los tres ya era un rico y único volcán a borbotones mientras el aire se llenaba de rítmicos gemidos. Luego se hizo otra vez la complicidad empapada del silencio. Me quedé quieta, de nuevo, mientras la tarde se llenaba de pájaros y flores.

Por la noche Amarilis y yo nos bañaríamos juntas otra vez, nos reiríamos complacidas, escucharíamos un disco, nos leeríamos el capítulo de alguna novela, descorcharíamos una botella de vino blanco como lo hicimos la primera vez que estuvimos juntas y que recogí en mi cuento “Hoguera” que tanto le gustaba, evocaríamos aquellos instantes prodigiosos que pasamos con nuestros tres amigos antes de dormir desnudas y abrazadas, con un tibio sabor a almendras y a sal gruesa entre las bocas.

En los albores del siglo XXI.

La siesta

Aún bajo el agua caliente de la ducha mis pezones continuaban erectos y sensibles. Sentía cómo latían en ellos los labios y la intensidad con la que persistían los suaves mordiscos de Carlos.

En mi pubis el calor era todavía más intenso y voluptuoso. Los labios resentían las horas continuadas de placer, los besos, las lamidas, el mordisqueo enloquecedoramente despacioso y profundo, el roce del hirsuto vello de mi amante sobre y contra su hinchada tersura, las embestidas hondas, la continua delicia de un orgasmo tras otro.

Del mismo modo percibía la delicia del agua deslizarse sobre la dureza de mi clítoris y entre los repliegues todavía abiertos del culo que enjaboné con delicadeza, dejándome llevar por la calidez del chorro para limpiar el aceite y la saliva.

Mi cuello, mis hombros, los lóbulos de mis orejas se erizaban en una rara mezcla de ternura y sensibilidad extrema que se incrementaba con

el líquido que bajaba desde mi cabello hasta los pies, dejando en su recorrido un espumoso rastro de blancura en mis muslos y entre mis senos.

Me sentía plena y ardiente después de haber hecho el amor, cansada y reanimada, feliz y, principalmente, muy cachonda. Me lavé el cabello, me llené de burbujas mi sexo libre de rizos, me relajé largamente en la regadera mientras recordaba los instantes de goce con Carlos, que seguía en la cama de nuestra alcoba, seguramente dormitando ante la segunda película pornográfica que pusimos y cuyas imágenes redoblaron nuestra excitación tanto como los gemidos de las mujeres espléndidas y de los hombres vigorosos y enhiestos que en ellas participaban.

Salí de la ducha con una renovada sensación de frescura, y reanimada me sequé el pelo que inmediatamente comencé a cepillar. Limpié el vaho que empañaba el espejo para contemplar mi cuerpo satisfecho y deseante.

Ahí estaba yo, desnuda, plácida, con las aureolas endurecidas, con mi coño dulce y visiblemente inflamado, con algunas marcas en el cuello, en los senos, y entre los muslos, resul-

tantes del hambre de los besos y los mordiscos. Mi sexo continuaba humedecido y su calor ascendía por toda mi piel, iluminándola entre las gotas que resbalaban lentamente, como brillantes temblorosos que buscaban inundar cada repliegue de mi cuerpo.

Me unté de crema y la distribuí por mis piernas, por mis rodillas, entre las nalgas y las ingles, y regresé al cuarto. La película había terminado y Carlos dormía profundamente, boca arriba. Su respiración era profunda y pausada.

Admiré su cuerpo, el rostro sereno, los labios gruesos que escondían una lengua voraz y experta que conocía la forma de llevarme a la lenta cúspide del deseo; su pecho amplio en el que me sabía protegida, sus brazos velludos; su sexo en reposo aunque semi erecto, recubierto aún por mi almíbar y el suyo; sus manos pródigas en caricias que lo mismo podían desesperarme de goce, que volverse de suave terciopelo. La luz filtrada por la cortina y el resplandor de la sábana le conferían un aspecto de profunda belleza y ternura que me excitaba, que paladeaba con mis ojos y me hacía cuidar de hacer cualquier ruido o movimiento que pudiera despertarlo de su necesario descanso.

Me senté en una silla frente a la cama para observar su cuerpo, para contemplar esa placidez en la que permanecía sumido y que contrastaba con la vigorosa potencia de unos pocos minutos atrás, cuando me hizo el amor con fuerza y ternura, poniéndome al final en cuatro patas para hundirme la polla muy dentro, aferrándose a mis senos al momento de llenarme con los chorros espesos y calientes que luego se deslizaron entre mis muslos al bañarme. Era hermoso, y el acto de mirarlo, el placer de recorrerlo con el calor de mis ojos, volvió a enardecerme.

Abrí las piernas por instinto y mis manos separaron mis labios humedecidos, y comencé a masturbarme con un dedo resbaloso mientras fijaba mi vista en ese miembro estupendamente grueso y largo que palpitaba levemente en la mata negra del vello. Me resistí al impulso de besarlo y de mamar esa verga nacarada y espléndida que había tenido en mi boca, en la tersura de mi coño, en el sorprendente calor de mi culo. La excitación subió hasta mis mejillas cuando, en lo más hondo de su sueño, Carlos se movió y se acomodó boca abajo al tiempo que su respiración se volvía más pesada.

Sus espaldas eran anchas; y sus nalgas, dos

montículos de carne bronceada y dura que me fascinaba morder y pellizcar cuando menos lo esperaba, haciéndolo reír a carcajadas. De entre ellas sobresalía el vello rizado cuya abundancia ocultaba el dulce remolino de su culo que tanto me gustaba lamer.

Su culo me recordaba el de Amarilis, aunque el vello igualmente profuso de mi amiga era pelirrojo, como un bosque de otoño. Recordé que cuando le conté a Carlos el maravilloso aspecto de Amarilis, después de que ella y yo hicimos el amor por vez primera, me animó a escribir un cuento al que titulé "Hoguera" (ver página 5), y que cuando lo tuve listo me pidió mamarle la polla mientras él lo leía en voz alta, con un acento que adquiría profunda gravedad a medida que avanzaba entre las líneas, disfrutando pausadamente de las imágenes de mi cuerpo desnudo junto al de mi amiga, de mi boca hundida en la selva cobriza de su sexo cuando aquella primera oportunidad la chupé de la forma que entonces lo hacía con Carlos, que no tardó en derramarse en mi lengua, llenando de leche mi garganta, antes de terminar su lectura.

Tienes que presentármela, me dijo entonces; me encantaría hacerle el amor junto contigo. Habían pasado meses desde aquella petición

de mi hombre que dormía boca abajo, dándome el espectáculo de sus nalgas, excitándome sin darse cuenta de mi estado febril.

Mi calentura iba en aumento y mis dedos se sumergían con urgencia en mi calor jugoso, deslizándose suavemente pero con rapidez. Me detuve para no correrme y así sostener mi coño en el pórtico de otro orgasmo explosivo, y me acerqué al borde de la cama. Le separé las nalgas y hundí entre ellas mi boca, mi lengua, y lamí la vellosa tersura de su culo. Él no despertó y, si acaso lo hizo, fue por un mínimo instante y no se movió. Tembló levemente y se dejó hacer, me permitió lamerlo, sumir la punta de la lengua, paladear su rugosidad.

Yo no podía más. Mi sexo ardía y palpitaba con más fuerza, necesitaba explotar y volví a mi silla, a mirarlo, a acariciarme. En ese momento llamaron a la puerta e interrumpieron mi delicado trabajo, pero no el sueño de mi amante que continuaba inmóvil, boca abajo en su abandono.

Desnuda, salí de la habitación y fui a la puerta. Por el visillo me asomé. Era Amarilis. Le abrí y al entrar me besó largamente en la boca al tiempo que se apretaba a mi cuerpo, suje-

tándose de mis nalgas con firmeza y pasión. Le desabotoné el vestido y emergió su cuerpo en plenitud turgente, su vello espeso, sus grandes y rosáceos pezones ataviados con un percing cada uno, y su sonrisa se hizo más amplia en la complicidad de nuestra desnudez.

Me estaba acariciando cuando llegaste, le dije, y lo hacía contemplando a Carlos, que duerme una siesta. Quiero verlo, me dijo al oído, quiero follar con él, contigo, con los dos; también estoy excitada y traje conmigo mis dos vibradores. La llevé de la mano a la alcoba y la senté en la silla, a mi lado.

Míralo, le dije en voz baja, es maravilloso y me tiene muy caliente verlo así, indefenso, deseable y satisfecho. Cuando se de la vuelta lo mamaremos entre las dos y te sentarás sobre su boca, en cuclillas, como la última vez que lo hicimos con él. Los ojos de Amarilis brillaron de deseo al recordar aquel sesenta y nueve que duró toda una noche y que a las dos nos hizo jadear y gritar de puro placer incontables veces.

Volvía a abrir las piernas. Amarilis se hincó frente a mi, retiró mi mano de entre mis muslos y comenzó a mamarme, a mover la lengua en

el interior mojado de mi coño. Lo hacía con su exquisita avidez, muy suavemente, mientras mis manos acariciaban su senos y los míos. Mis ojos se iban cerrando, dejando detrás de ellos la imagen desnuda de mi pareja, boca abajo, ausente, lejano, cálido, pleno, delicioso, profundo, erecto, endurecido, lento…

Dámelo entero

Dame tu sexo, amor, dámelo todo
y alcanza la cumbre de mi grito;
abre mis alas negras,
el palpitar
entero, y recibe
la total estrechez de mi sonrisa,
la profundidad
del cielo en primavera,
la llovizna de musgo,
la sensación del mar contra aquel
primer suspiro de los besos
en la orilla del mundo
y sus conflictos
donde nos anegamos, unas horas atrás,
con las caricias.

Hoy te lo pido, mañana es ya otro día
en el que ni tú ni yo
seremos los que ahora
navegan en la sábana,
sedientos de besos y de lenguas,
de manos y de abrazos,
de piernas, muslos tersos,
de amor a puños llenos
y deseantes.

Dámelo todo, amor, hoy es posible
porque toda mi piel
te necesita
como el ávido cielo
a tu destello.

Y déjame soñar después, contigo,
paladeando
el sabor
de un nuevo día.

COMME
UN TROC
DEPOT VENTE
FEMININ

Poema para Camila

Henos aquí, a las dos, frente a la misma
pantalla, endureciendo el deseo,
la misma voluntad de abrir los labios,
unísono latido
del verbo amar, y que derrote
la distancia el cuerpo amanecido
de música de estrellas.
Al centro de mi sexo, tus palabras,
aroma de otro mar, bañandome
con lumbre azul mis dedos.

En el sex-shop

Disfrutando de lo cachonda
que se habia puesto su mujer
comprando juguetes en el sex-shop.

Muchas veces mientras hacíamos el amor, le había dicho a mi mujer que le iba a regalar un vibrador para darla más placer con una segunda polla y además así podría gozarla cuando la dejaba sola en la cama por las mañanas para ir a trabajar.

A ella le agradaba la idea y le dije que un día iríamos a un sex-shop a ver qué tenían, pero le daba vergüenza entrar en un sitio así. Un día la convencí y fuimos a uno que había en la ciudad en una calle poco transitada.

A mi mujer le gusta vestirse provocativa y que los hombres la miren y la deseen y a mí me excita mucho verla así. Ese día se puso una falda que le llegaba por debajo de las rodillas pero era blanca con flores y casi transparente, se le notaba perfectamente la tanga que llevaba. Arriba se puso una blusa muy corta que

dejaba al aire el ombligo y le tapaba de milagro sus grandes tetas, que rebosaban por el escote de los botones desabrochados que dejó. También lucía unas hermosas sandalias negras de una sola tira ancha, justo donde empiezan sus hermosos dedos, dejando sus pies desnudos casi por completo y culminados en unos altísimos tacones finos que hacían que su redondo y hermoso trasero y sus grandes tetas bailasen a cada paso.

Vestida así de sexy, nos fuimos al sex-shop dejando a muchos tíos babeando a nuestro paso y yo con una erección de mil demonios. Al entrar vimos que no era un sitio muy oscuro y era como un pequeño supermercado lleno de juguetes y películas.

No había mucha gente, un hombre leyendo detrás del mostrador, y otros dos hombres entre las estanterías. Todos ellos se giraron para ver quién entraba y al ver a mi esposa vestida así no le quitaron la vista de encima. Nosotros nos dirigimos a la zona donde abundaban los vibradores y penes artificiales que habíamos ido a comprar.

Mi mujer estaba un poco avergonzada y me dijo que no estaba cómoda y quería irse. Yo la

tranquilicé y dándola un beso le dije que no se preocupase, que compraríamos lo que habíamos ido a buscar y nos iríamos. Eligió dos penes de entre todos, que eran los que más le gustaban, uno era mediano de color carne casi real y otro era más grande y con función eyaculadora, tenia un depósito en los testículos falsos para meter líquido y al oprimir, salía como si fuera una corrida real.

Al acercarnos al mostrador para pagar, mi mujer me susurró que se había puesto cachonda y yo sabía que cuando se ponía así se desinhibía por completo, de hecho la noté más cómoda y sin acobardarse como al principio. Mientras dejaba los dos juguetes en el mostrador, le dijo al vendedor que parecían reales, a lo que él le respondió que estaban hechos de un material especial que simulaba incluso la tersura y el tacto de la piel humana.

Ella se alegró aun más y comentó que parecía increíble, al oír esto, el vendedor lo sacó de la caja y se lo dio a mi mujer diciéndola que lo probara para comprobar que era cierto. Ella lo tomó en sus manos y lo acarició sonriendo, incluso gimió de placer y dijo que estaba deseando probarlo, que era casi real. Yo veía a mi mujer y estaba realmente cachonda, con los

ojos como platos mirando su preciado juguete. Sus duros y grandes pezones se marcaban por encima de la blusa mostrando a los allí presentes, que no quitaban ojo de la escena, que estaba a mil por hora. Ella incluso acercándoselo a la cara le dijo al vendedor con voz mimosa que si podía probarlo, haciendo un claro gesto con la lengua y sus labios de que quería darle una chupadita a aquel artilugio como si de un caramelo se tratase y probar la otra también.

Él apresuradamente sacó el enorme pollón de la caja y se lo dio a mi mujer, que fue acariciándolo de arriba abajo sintiendo su tacto real y diciendo que cómo hacía para que eyaculase. El vendedor le dijo que debía retirar el tapón que tenían los testículos y llenarlo con un líquido, preferiblemente leche normal caliente para que fuese más real, y cuando ella quisiera, apretando un botón accionaba una bomba que expulsaba el chorro por la punta de la enorme polla.

A mi mujer le gustó la idea y dijo que era grandísima, que no había pollas así. Uno de los hombres dijo que la suya era como esa de grande y mi mujer girándose hacia él, le dijo desafiante que eso habría que verlo. El hombre se bajó la bragueta del pantalón y le dijo que

lo comprobase. Ella alargó su mano hasta la bragueta del hombre y al meterla dentro del pantalón exclamó en alto y saco una enorme tranca similar a la de juguete.

Sin soltarla empezó a masturbarla, agachándose se la llevó a la boca tragándose todo lo que pudo que no fue mucho ya que la boca no le daba para tanta polla. Yo estaba muy excitado y ya con la polla en la mano como los demás me masturbaba lentamente viendo como mi mujer disfrutaba de aquella tarde en el sex-shop.

Me acerqué a ella y agarrándola por las caderas la subí al igual que su falda y bajándola el tanga metí mi cara entre sus nalgas y lamí su ano y su coño que estaban chorreando de la excitación, mientras ella seguía chupando aquella polla con verdaderas ganas.

El vendedor dijo que la tumbásemos en el mostrador y así lo hicimos después de desnudarla por completo dejándole solo las sandalias puestas. Ella dijo que quería llevarse la enorme polla llena de leche auténtica de hombre y el vendedor dijo que así lo haríamos entre todos después de hacerla disfrutar.

Uno de los hombres dijo que ella debería vaciarla después sobre su cara y sus tetas a lo que mi mujer dijo que sí. Yo me puse junto a su cara y ella se metió mi polla en la boca y al otro lado del mostrador tenía agarrada la polla del vendedor que chupaba alternándola con la mía. Mientras los otros dos hombres se dedicaban a comerle el coño y el ano. Uno de ellos dijo que había llegado el momento de follársela y subiéndose a una silla se colocó entre sus piernas y metió la polla en su coño comenzando un mete-saca frenético, que hacía que gimiese de placer y sus tetas se moviesen descontroladas.

Estuvo así un buen rato hasta que sacó su polla y metiéndola en el agujero del vibrador descargó toda su leche dentro. Su lugar lo ocupó el vendedor que metió su polla en el coño y empezó a follarla lentamente pero empujando muy fuerte a cada embestida. Mi mujer gritaba de placer en cada empujón y ya solo nos masturbaba.

Estuvo mucho rato hasta que hizo lo mismo que el anterior y sacando la polla la metió en el agujero del vibrador apresuradamente vaciándose dentro. Era mi turno, yo dirigí mi polla a su ano y empujando despacio entro suavemente sin producirle dolor ya que estaba muy

mojado de los líquidos que emanaban de su coño dilatado y enrojecido. Era un placer enorme follármela por el culo en aquel mostrador y ella estaba teniendo uno de sus mejores polvos.

Con la cara de placer, despeinada y medio sonriendo me miraba como dándome las gracias por la idea de comprar aquellos juguetitos. Ya no pude más y saque mi polla de su ano que quedó abierto y me corrí dentro del pene artificial que estaba lleno de semen de los otros hombres.

Había llegado el turno del hombre que tenía la polla enorme y que mi mujer sin duda esperaba con más ansias. Éste la acomodó a la entrada del coño y empujó despacio metiéndola casi toda. Mi mujer lanzó un grito diciendo que no la metiera toda, ya que le dolía. El hombre empezó a follarla lentamente haciendo que toda su polla entrase y saliese casi por completo y ella gritaba que le gustaba mucho que la llenaba toda por dentro que quería más, y que no parase nunca.

Estuvo así un buen rato y mi mujer debió de tener varios orgasmos, estaba fuera de sí, gritando de placer hasta que el hombre vació su

polla dentro del vibrador llena de semen, que salió directo a su cara y boca. Parecía un grifo que no terminaba de echar la mezcla de nuestros líquidos.

Ella se relamía y se llevó el pene a su culo metiéndolo dentro y simulando que era follada de nuevo. Yo cogí el otro vibrador y se lo metí en el coño. La escena era espectacular y digna de la mejor película de porno. Cada vez que metía el pene en su ano rebosaba semen de su interior que le escurría hasta el mostrador y cuando lo sacó del todo, de su ano totalmente enrojecido emanaba un reguerillo de semen. Ella se retorcía de placer y dijo que había perdido la cuenta de los orgasmos que había tenido.

Estaba toda mojada de semen pastoso y tras secarse, se vistió y nos fuimos. Ah, por cierto, el vendedor no nos cobró los vibradores y además, le regaló unas bolas chinas de metal que ella ahora se pone alguna vez cuando salimos por ahí, y sus efectos son muy explosivos, pero eso ya lo contaré otra vez.

MANO IZQUIERDA EDITORES